



Pierre Lemaitre

Rosy & John

Traducción
Juan Carlos Durán Romero

de

A Pascaline

A Dominique y Jean-Paul Vormus, con mi amistad

Se dan casos (raros, es verdad) en que el mejor medio de ganar
tiempo es mudar de sitio.

MARCEL PROUST,
A la sombra de las muchachas en flor
(traducción de Pedro Salinas)

Primer día

17:00 h

El encuentro fortuito que da un vuelco completo a tu vida, la placa de hielo traicionera, la respuesta que se pronuncia sin pensar... Las cosas decisivas ocurren en menos de una décima de segundo.

Por ejemplo, ese chiquillo de ocho años. Si da un simple paso en falso puede cambiarlo todo, irreversiblemente. Su madre fue a que le echaran las cartas, y le predijeron que sería viuda antes de que terminase el año. Se lo contó a su hijo entre lágrimas, con los puños contra el pecho, la voz entrecortada por los sollozos. Necesitaba hablarlo con alguien, ¿entiendes? Pero él nunca había sido capaz de imaginar siquiera la muerte de su padre, que le parecía indestructible. Y ahora vive atemorizado. Es que hay cada madre... La suya tiene treinta años, pero la madurez de una adolescente. Hace tiempo que olvidó aquella predicción (aparte de un poco inconsciente, es bastante olvidadiza, y pasa de un pensamiento a otro con una velocidad pasmosa). Evidentemente, para su hijo es harina de otro costal. Su imaginario quedó marcado por completo por esa historia de brujas, de la que no habla con nadie a pesar de que le desata numerosas pesadillas. Algunos días, la idea de la muerte de su padre le invade hasta el punto de ponerle enfermo, para después desaparecer durante semanas como por arte de magia. Pero al regresar lo hace con una fuerza redoblada, provoca que le flaquee las piernas, literalmente, y tiene que apoyarse en algún sitio, o sentarse.

Cuando la amenaza aparece de nuevo él lleva a cabo toda clase de conjuros, convencido de que, si su padre muere, será culpa suya.

Hoy, por ejemplo, piensa: «Si no piso ninguna junta de la acera, mi padre no morirá». Y empieza a contar a partir de la panadería.

Camina conteniendo la respiración desde casa hasta la escuela de música, y eso que el trayecto es largo. Algo le dice que esta vez no lo conseguirá, pero no encuentra nada, ningún pretexto, ninguna excepción que pueda servirle de excusa para renunciar. Una calle, dos calles, puede ver ya el bulevar, pero la angustia aumenta y tiene la impresión de que cuanto más se

acerca a la meta, más se aproxima a la catástrofe. Va con la mirada clavada en la acera, y el estuche de su clarinete balanceándose apenas en su mano. Suda. Está a doscientos metros de la escuela de música. Vete a saber por qué —quizás un presentimiento—, mientras avanza levanta los ojos y ve aparecer de repente a su padre, que se acerca en sentido contrario. A esa altura de la calle, un andamio obliga a dar un rodeo, hay que cruzar sobre una pasarela de madera que invade la calzada. El paso es estrecho. Su padre camina decidido, con los hombros hacia delante. Cuando anda de esa forma, se diría que nada puede detenerlo. El chico se sorprende, porque no es normal verlo llegar tan pronto.

Las imágenes posteriores se grabarán a cámara lenta en su memoria.

Porque, evidentemente, ese segundo de distracción ha sido fatal. Un instante después, el niño se detiene en seco y baja los ojos: su pie está en medio de la junta de cemento...

Así que su padre va a morir, es inevitable.

Sí, las cosas decisivas ocurren a una velocidad asombrosa.

Miren por ejemplo a esa chica, a algunos metros detrás de nuestro chiquillo. Poco agraciada, estudiante de Economía, nunca ha tenido relaciones sexuales. Ella dice tan solo que «no se ha presentado la ocasión», aunque es bastante más complicado que eso, pero no importa. Estamos en mayo y tiene veintidós años, y eso es lo único que cuenta porque, en ese preciso momento, se encuentra en la esquina de la rue Joseph-Merlin frente a un hombre que la desea. Él la ha citado para decirle eso, que la desea. Basta que le responda sí o no para que todo se decida en un sentido o en el otro. Y no solamente en lo que respecta a la cuestión poco prosaica de la virginidad. Porque ella va a decirle que no. El hombre entonces le asegurará que lo entiende (venga ya...), ella verá cómo se aleja, y en el momento en que empiece a arrepentirse de su rechazo, en que quiera volver a llamarlo...

Será demasiado tarde.

La explosión es tan potente que hace temblar el barrio entero. Como si se tratara de un terremoto, la onda expansiva puede sentirse a un centenar de metros.

En una fracción de segundo, el niño ve volar el enorme cuerpo de su padre, podría jurar que una mano gigante a la altura del pecho acaba de

empujarlo con brutalidad. En cuanto a la joven, no tiene tiempo más que de abrir la boca, y su ex futuro amante ya no pisa el suelo y atraviesa, de cabeza, el escaparate de la tienda Women' Secret.

La rue Joseph-Merlin es muy comercial. Ropa, zapatos, alimentación, lavandería, droguería..., puede que sea la más comercial del barrio, porque para encontrar una mejor habría que subir hasta el cruce con Pradelle. Hoy es 20 de mayo, hace días que brilla un suave sol estival, son las cinco de la tarde y, con un poco de imaginación, podríamos creer que estamos en julio y sentir deseos de sentarnos a tomar el aperitivo en una terraza. La calle está atestada, así que la explosión de la bomba es una catástrofe, y también una injusticia.

Sin embargo, si el mundo fuera justo...

Los viandantes derribados se protegen con los brazos. Una mujer con un vestido estampado cae violentamente de espaldas, y su cabeza choca con fuerza con la barandilla de la pasarela de madera que está delante del inmueble. En la acera de los pares, un travesaño venido de no se sabe dónde golpea en la cintura a un hombre que se bajaba de una motocicleta y lo dobla por la mitad; lleva el casco puesto, pero no parece que eso vaya a ser suficiente para salvarle la vida.

Al ruido de la explosión sucede un estruendo metálico ensordecedor. Con un ligero retraso respecto a la detonación, como si se hubiese tomado tiempo para pensárselo, el enorme andamio, se diría que sobresaltado, se levanta ligeramente del suelo para después desplomarse por completo, casi sentándose, igual que esos edificios que, en la televisión, dan la impresión de caer de un solo golpe. En la acera contraria, la de los impares, una joven con botas blancas de tacón alto levanta la cabeza y ve los tubos de metal dispersarse por el cielo, como fuegos artificiales, y descender sobre ella a una velocidad tan lenta como inexorable...

La deflagración barre escaparates, vehículos y todo lo que hay en el cerebro. Durante unos segundos nadie piensa, las ideas parecen también barridas por la explosión, como la llama soplada de una vela. Desaparecen hasta los ruidos ordinarios, y reina sobre el lugar del siniestro una calma tensa, vibrante, como si la ciudad acabase de morir de pronto.

Cuando la información toma el suficiente aliento, revienta en todas las almas. Sobre la calle, las ventanas que no han estallado en pedazos se abren

con timidez y dejan asomar algunos rostros incrédulos.

Abajo, los que han escapado al cataclismo se ponen en pie y miran, sin comprender, el nuevo paisaje que se abre ante sus ojos.

Una ciudad en guerra.

Los escaparates de las tiendas se han volatilizado, dos muros situados bajo el andamio se han desmoronado, provocando una nube de polvo que va cubriéndolo todo, lentamente, como nieve sucia. Lo más espectacular es, por supuesto, la masa de barras metálicas y planchas de contrachapado desplomada sobre la acera. Cuatro pisos de tubos, ni más ni menos. El conjunto se ha derrumbado prácticamente en vertical, y cubre por completo dos vehículos aparcados junto a la acera. El montón de travesaños está salpicado de tubos que apuntan hacia el cielo, como una gigantesca cresta punk.

¿Cuántas personas hay bajo los escombros, los restos de cristal y el asfalto roto? Es imposible calcularlo.

Solo pueden verse, aquí y allá, algunos cuerpos inermes, tierra, arena, el polvo calcáreo que lo recubre todo y algunos objetos bastante asombrosos, como esa percha, colgada de una señal de prohibido el paso, que porta todavía una chaqueta de bocamangas azules. Tras un terremoto, entre la grava de los edificios devastados se ven a veces este tipo de cosas, una cuna de bebé, una muñeca, una tiara de novia..., pequeños objetos que Dios parece haber colocado allí con delicadeza para demostrar que, con Él, todo tiene un sentido más profundo.

El padre, bajo la atenta mirada de su hijo, ha efectuado una curiosa trayectoria. Mientras atravesaba la pasarela de madera, la explosión lo ha lanzado por los aires y ha hecho que aterrice sobre la parte delantera de una camioneta aparcada. Permanece allí, inmóvil, como si fuera a jugar una partida de dominó con su hijo, salvo por la mirada vacía y el rostro ensangrentado, meciendo la cabeza de izquierda a derecha, se diría que en un intento de distender las cervicales.

El chiquillo también ha sido alcanzado por la explosión. Ahora, con la cara apoyada en el suelo, los ojos abiertos como platos, tirado frente a la puerta de un garaje que ha detenido su trayectoria, sigue sosteniendo el estuche de su clarinete, aunque la tapa se ha abierto y el instrumento ha

desaparecido. Nunca se encontrará.

Empiezan a mugir las sirenas.

La confusión deja paso a la urgencia, a la energía, al socorro. Las personas ilesas se precipitan en dirección a los cuerpos abatidos. Algunos se levantan con dificultad y vuelven a caer de rodillas, extenuados.

Al silencio de la estupefacción sucede el creciente murmullo de los lamentos, los gritos, las instrucciones y los silbatos.

Los gemidos quedan ahogados por el concierto de cláxones.

17:01 h

Un hombre apostado en la esquina de la rue Joseph-Merlin y Général-Morieux ha asistido a toda la escena. Aunque ronda la treintena parece un adolescente, por ese aire juvenil, incluso inmaduro, que contrasta con su físico de campesino, tirando a rudo. Es brusco, pero en absoluto torpe. De hecho, hay que decir que la bomba la ha fabricado en solitario... La programó para las 17.00 horas, en teoría, claro, porque estas cosas nunca se sabe si van a funcionar como uno quiere.

Ni siquiera si van a funcionar.

Se entiende mejor su nerviosismo al saber que se trata de su primera bomba. Varias semanas de trabajo. La verdad es que no ha calculado con precisión los daños que provocaría. A pesar de sus previsiones, todo es incierto. Un profesional se sentiría sin duda más seguro. En cambio, él es un aficionado, condenado a fiarse fundamentalmente de su intuición. Ha realizado bastantes cálculos, pero la realidad tiene poco que ver con los cálculos, todo el mundo lo sabe. Sea como sea, lo ha hecho lo mejor posible con los medios de que disponía. Ahora, como dice Rosie: «El trabajo no lo es todo en la vida. También está la suerte».

Y de todas formas, ya es demasiado tarde.

No le ha servido de nada dar mil vueltas, estaba tan nervioso que ha llegado con antelación, cerca de las 16.40. Veinte minutos sin hacer nada, en esas condiciones, parecen una eternidad. Había bastante gente sentada en la

terraza y, como no podía ser de otra manera, el sitio que tenía escogido desde hacía mucho tiempo estaba ocupado por una pareja de jóvenes. No ha podido evitar poner cara de fastidio, la chica ha fruncido el ceño y su compañero ha levantado la cabeza, mirándole de arriba abajo. Después se ha sentado, se ha vuelto a levantar, ha cambiado de silla... Ha consultado el reloj más de diez veces. Si hubiese querido hacerse notar, no lo habría podido hacer mejor.

Hacia las 16.55 ha colocado su teléfono móvil en la mesa, en vertical, con el objetivo de la cámara apuntando al edificio. Se ha inclinado sobre él para comprobar el encuadre y corregir la posición. La pantalla muestra la fecha y la hora. Hoy en día no pasa nada en ninguna parte que no sea captado por algún dispositivo, que no produzca al menos una imagen instantánea. Incluso esa explosión, improbable e inesperada en esa zona de París, será inmortalizada por un vídeo. El hecho de que la misma persona que ha puesto la bomba realice el reportaje facilita las cosas. Es algo así como si el mismo Júpiter hubiera llevado la cámara en Fukushima.

La explosión tiene lugar a cincuenta metros. Por mucho que se lo esperase, le asombra su potencia. Se queda con la boca abierta, y en su rostro se leen a la vez la admiración y la ansiedad.

La detonación abofetea a los clientes del café y hace temblar el suelo como si, bajo sus pies, el metro hubiese sido sustituido de repente por un tren de alta velocidad. Las mesas se tambalean, los vasos vibran y se derraman, y harán falta varios segundos para que las miradas de estupefacción se vuelvan en la dirección correcta. Será en ese mismo instante cuando el andamio se ponga en movimiento para derrumbarse con un terrible estruendo.

El joven se levanta y se marcha sin pagar la consumición, aunque nadie va a reparar en ello. Da unas cuantas zancadas y se dirige al metro, que está lejos.

Llamémosle Jean. De hecho se llama John, pero esa es una larga historia. Se hace llamar Jean desde la adolescencia, ya volveremos a ello más adelante. Por el momento, pues, Jean.

La bomba ha funcionado aceptablemente. Según sus cálculos, es para estar satisfecho. Aunque albergue dudas sobre el alcance final de la operación, tendría que dar sus frutos.

Los supervivientes intentan ayudar a las víctimas. Jean se mete en el

metro.

Él no va a ayudar a nadie. Él es quien ha puesto la bomba.

17:10 h

Camille Verhoeven es un metro cuarenta y cinco de cólera. Un metro cuarenta y cinco es poco para un hombre, pero es mucha cólera concentrada. Sin contar con que para un policía la furia, incluso contenida, no es una virtud cardinal. Como mucho es un filón para los periodistas (en algunos casos sonados sus respuestas cortantes han tenido bastante éxito), pero sobre todo es un quebradero de cabeza para sus superiores, los testigos, los compañeros, los jueces y para casi todo el mundo.

A veces Camille grita o se deja llevar, pero desconfía mucho de sí mismo. Tiende más bien a hervir por dentro. No es de los que suelen dar un puñetazo en la mesa. De hecho, hace bien, porque dentro del coche, a causa de su estatura, todos los mandos están en el volante, y un mal gesto supone acabar en la cuneta.

Hoy (encuentra un motivo a diario) su irritación se ha desencadenado mientras se aseaba: no le ha gustado lo que ha visto en el espejo. No es que antes se gustase demasiado, pero hasta ahora había salido victorioso de su lucha contra el resentimiento que le produce no haber crecido tanto como los demás. De hecho, desde la muerte de Irène, su mujer, hay momentos en los que el asco de sí mismo alcanza proporciones inquietantes.

Hacía seis meses que no se tomaba unos días de permiso. Pero su último caso importante ha terminado en fracaso: la chica que buscaba estaba muerta cuando la encontró^[1] y eso le ha dejado bastante tocado (en realidad no se trata de un fracaso propiamente dicho, ya que detuvo al asesino; pero Camille siempre se queda con el lado malo de las cosas). Así que se ha permitido unos días libres. Estuvo a punto de invitar a Anne a irse con él al campo, habría sido una bonita ocasión para mostrarle su refugio; pero no, hace poco que se conocen, prefiere estar solo.

Se ha pasado tres días dibujando y pintando. Tiene demasiado talento

para ser policía, pero no el suficiente para ser artista. Así que se conforma con ser poli. De todas formas, no quería ser artista.

Camille nunca escucha música, ni en el coche ni en su casa, le distrae de sus pensamientos. Lo simplifica diciendo, con su afición por las frases lapidarias: «No me gusta la música». Y en el fondo es cierto. Si le gustase, compraría y escucharía. Y no lo hace nunca. Por esa razón le atacan por todos lados: pero bueno, cómo no le puede gustar a uno la música, es inconcebible. No le creen, le piden que lo repita, con los ojos como platos. Inimaginable. Que a uno no le guste la pintura o la lectura, pase, es comprensible, pero ¡la música! Es entonces cuando Camille se enroca, es superior a sus fuerzas, ese tipo de reacciones le reafirman. Y es que a veces es un auténtico coñazo. Un día, Irène le dijo: «Lástima que los misóginos no te conozcan, les ayudaría a relativizar».

A falta de música, Camille escucha las noticias en la radio.

El primer avance especial se emite justo cuando la enciende: «... *una potente explosión en el distrito XVIII de París. Se ignoran las causas exactas, pero parece tratarse de un siniestro de gran amplitud*».

Un tipo de noticias a las que nadie presta atención salvo si vive en el barrio, o si el número de muertos es realmente espectacular.

Camille prosigue su camino escuchando las noticias: «*Los equipos de emergencia han llegado al lugar del siniestro. Se desconoce el número de víctimas. Según algunos testigos, es posible...*».

Lo que teme Camille, cuando escucha esto, son los atascos a la entrada de París.

17:20 h

Es lo que tiene vivir en un país moderno.

Las víctimas apenas han tenido tiempo de darse cuenta de lo que ha ocurrido y ya están allí los bomberos. Cuatro unidades desplazadas. Las ambulancias y los servicios de urgencias convergen en el lugar del drama a velocidad de vértigo mientras el SAMU, al borde del perímetro que la policía

ha trazado de inmediato, abre las puertas de sus vehículos para desembarcar camillas, mantas térmicas y goteros. Descargan cajas de productos farmacéuticos, desinfectantes, vendas. Los miembros del personal, con tranquilidad, rapidez y precisión, toman posiciones tal y como han ensayado en el plan de contingencias y evacuación. Los médicos de urgencias están ya manos a la obra. Protección Civil distribuye, organiza, tiende líneas informáticas y telefónicas. Las tiendas de campaña destinadas a los primeros auxilios parecen emerger de entre el polvo de la explosión que no acaba de posarse.

Visto así, se comprende en qué gastan nuestros impuestos.

Oh, sí, por supuesto hay periodistas. Profesionales también. Los furgones de las emisoras de radio y de la televisión continúan llegando a la vez que los de emergencias. Tiran cables de un lado a otro, se preparan las primeras conexiones en directo; los reporteros, jugando a corresponsales de guerra, buscan el lugar adecuado, aquel en el que, durante su intervención, se vean a su espalda los escombros.

En eso consiste una democracia moderna: un país en el que los profesionales han tomado el poder.

17:30 h

Ministerio del Interior. Gabinete de crisis.

—¿Qué dice el presidente? —pregunta el jefe de gabinete.

El ministro del Interior no responde. Lo que diga el presidente no le incumbe a nadie, y menos cuando él, como todos, está esperando más información.

El ministro se inclina hacia delante, pero se queda en pie, señal de que no tiene intención de perder el tiempo. Con un gesto de la cabeza da la palabra al jefe de la Dirección General de Seguridad, la DGS, que confirma lo que todos pensaban desde el anuncio de la explosión: no se trata de islamistas. No tiene pinta de que se vaya a mantener así mucho tiempo, pero ese frente está tranquilo. Las negociaciones con los grupúsculos dirigentes avanzan en

buena dirección desde hace varios meses en el más absoluto de los secretos: el gobierno se dispone —mientras desmiente la información— a soltar un buen montón de euros para liberar a dos rehenes, así que los integristas no tienen interés alguno en abrir una brecha en el oleoducto que les permite succionar una parte del tesoro público francés. Y además no es su forma de actuar, no atacan en ese tipo de lugares; no existía indicio alguno de una acción sospechosa ni advertencia de agentes infiltrados..., nada, así que es imposible.

—Podemos descartar el terrorismo religioso...

Queda el móvil político. Más complicado. Hace meses que los servicios de inteligencia no reciben ningún rumor al respecto, pero hay tal cantidad de comandos de todo tipo... Nacen y mueren cada día. Esos movimientos, en constante formación, son bastante inestables, por lo que no puede excluirse alguna acción en solitario.

—Todo el mundo se ha puesto manos a la obra...

En cuanto al balance de víctimas, las primeras estimaciones deberían estar listas en una hora. Dos, como máximo.

El ministro asiente y se dirige al portavoz.

—A la prensa, que estamos investigando. Nada más.

Mira a todos con calma.

—Y que nadie mueva un dedo hasta nueva orden. Ah, un último consejo: nada de revuelo ni de rumores en ningún departamento.

Mensaje evidente que enviar a la prensa: la administración no pierde los nervios.

Todo el mundo lo tiene claro.

El coche espera abajo, el ministro va a personarse en el lugar de los hechos, a expresar sus condolencias, a asegurar «*que se investigará hasta las últimas consecuencias, bla bla bla*».

Las catástrofes entran dentro del sueldo.

17:55 h

Las niñeras de los jardines Dupeyroux han aproximado sus sillas para charlar. Cerca de la zona de juegos, algunas madres siguen con la mirada inquieta las aventuras de sus hijos. Jean suele sentarse en la parte central del parque. En cierto modo, tiene su banco.

El guarda, Marcel, reina sobre su zona de servicio público, severo y benévolo, utilizando el silbato con bastante facilidad, aunque no ha puesto una sola multa en veinticuatro años de carrera. Amable con los habituales, pasa delante de Jean y le dedica un saludo con la cabeza. Tiene algo de camarero: le debe la seguridad de su empleo a la fidelidad de su clientela.

Jean está sentado como siempre, con la espalda erguida, las rodillas apretadas y las manos juntas entre los muslos. Al pasar el guarda, se limita a hacer un minúsculo movimiento de los labios. Es su forma de saludar. Nunca se le ve con un periódico o un teléfono móvil. Mira el parque con aspecto de estar concentrado en sus pensamientos. Esa tarde, sentado como de costumbre, entrecierra los ojos con más nerviosismo del habitual, su corazón late todavía con fuerza, pero nadie puede imaginar que ese chico acaba de hacer estallar una bomba en el barrio de al lado. Desde aquí pueden oírse todavía las sirenas de los bomberos y las ambulancias que pasan por el bulevar en dirección a la rue Joseph-Merlin.

En cuanto se aleja el guarda, Jean lanza un breve vistazo a derecha e izquierda, se levanta, rodea el banco y se interna rápidamente en la maleza. De rodillas, escondido entre los matorrales, usa la herramienta que ha fabricado para desbloquear la trampilla de hierro y la eleva. Chirría y hay que saber sostenerla, pero lo más difícil es, una vez debajo, volver a cerrarla sin hacer ruido. ¡Menuda epopeya el otro día, cuando trajo la bomba y el resto del material!

Dentro del estrecho habitáculo de hormigón solo puede permanecer en cuclillas. Es la entrada de un «cuarto de comunicaciones». Por allí pasan el tendido eléctrico, tuberías, canalizaciones, fibra óptica; un impresionante manojo de cables que abarca el barrio entero. La mayoría de esos habitáculos se sitúa bajo la calzada, cubiertos por una plancha metálica. En París hay cientos, como en todas las grandes capitales de provincia. Jean encontró este un poco al azar, cuando iba a buscar la pelota de un chaval desesperado por no poder atravesar el seto.

Le lleva un minuto calmar sus nervios, y después saca del bolsillo de su chaqueta una linterna con la que comprueba que el camino está despejado, que nadie más ha entrado en el subterráneo desde su última visita.

Alumbra un pasillo de una quincena de metros, de techo bajo, que debe recorrer ligeramente agachado. En el otro extremo del corredor, Jean llega a una estancia bastante amplia donde puede ponerse de pie por completo. Contadores, cajas fijadas a las paredes y dos cofres eléctricos en cuyas puertas unas señales en rojo y negro prometen al visitante imprudente una buena descarga. Advertencia que haría reír a Jean si fuera capaz de ello.

Dobla cuidadosamente la chaqueta y la coloca en el suelo, se sienta con las piernas cruzadas y saca, una por una, las herramientas de la mochila que deja allí tras cada visita, pero que en esta ocasión se va a llevar porque ya no tendrá que volver. Apaga la linterna, enciende la lámpara frontal que utiliza para las tareas de precisión y se pone a trabajar.

Se encuentra exactamente en el centro de los jardines Dupeyroux.

Encima de su cabeza, a pocos metros a la derecha, está la zona de juegos reservada a los niños menores de seis años, con sus toboganes, sus columpios, los balancines de muelles y esos cubos apilados unos sobre otros que pueden escalar por todos lados.

A los críos les encanta.

18:03 h

Nada más abrir la puerta, en cuanto llega a casa, Camille se disculpa con Doudouche, su gata atigrada —con tan mal carácter como su amo— por haberla dejado tres días sola. Abre las ventanas de par en par mientras la gata, sentada en una esquina de la mesa, se hace la indiferente (es una histérica); se quita la chaqueta, rellena la escudilla de croquetas y, para calmar su mala conciencia, vierte de manera excepcional un poco de leche fría en un platito que deja en el suelo.

—Toma, Doudouche.

Ella mira ostensiblemente por la ventana.

—Bueno, ahí te lo dejo —dice Camille—. Tú verás.

Se pone cómodo y se sirve un *whisky*.

No ha vuelto contento de sus días de permiso. ¿Por qué le dio por largarse solo? En el contestador hay un mensaje de Anne, que pregunta con voz cálida: «¿Quieres venir a cenar si no vuelves muy tarde?». Es curioso, Camille no quiso que le acompañase a Monfort y, en su ausencia, no ha parado de dibujarla. Pasa revista y selecciona algunos bocetos mientras degusta el *whisky*. Siempre ha trabajado de memoria. Todo lo que le llama la atención de la vida cotidiana (rostros, siluetas, expresiones, los detalles de las cosas) aparece tarde o temprano en su bloc.

Continúa ojeando los dibujos, y marca el número de Anne.

—Depende de lo que haya de comer —dice sin más preámbulos.

—Qué grosero...

Los dos sonríen, cada uno a un lado de la línea.

Eso produce un largo silencio, vibrante, de los que dicen un montón de cosas.

—¿Te va bien dentro de una hora?

18:05 h

Una hora después de la explosión todos los heridos de la rue Joseph-Merlin han sido ya evacuados por los servicios de urgencias.

Y, por el momento, el balance parece milagroso: veintiocho heridos, ninguna víctima mortal. «Al menos por ahora», dicen los pesimistas, aunque nadie se encuentra en estado crítico. Piernas y brazos rotos, esguinces, contusiones, hematomas, fracturas, costillas hundidas..., algunos tendrán que pasar por el quirófano y les harán falta semanas de rehabilitación, pero los verdaderos daños serán más psicológicos que físicos. El chiquillo solo se ha roto un brazo; en el colegio le tendrán por un héroe y todos los compañeros de clase le firmarán la escayola. La joven virgen se ha caído de culo; a su pretendiente lo han llevado a urgencias con una luxación en el hombro, deberá explicar a su mujer por qué razón lo han encontrado despatarrado en

una tienda de ropa interior femenina en un barrio en el que no se le había perdido nada.

Por supuesto todavía puede que se descubra algún muerto entre los escombros (bajo el amasijo de tubos del andamio, por ejemplo), pero todo el perímetro ha sido inspeccionado por los especialistas con la ayuda de los perros. Y el veredicto es que no hay nadie debajo.

Un milagro.

Los reporteros lo destacan con gran profusión de epítetos. Se trata de profesionales, dales una información simple y la convertirán en una noticia de alcance. En este caso, el golpe de suerte. Bueno, es cierto que no ofrece tanto juego como los muertos, fáciles de tratar, con efecto garantizado. Los no muertos dan un poco más de trabajo, pero es cuestión de experiencia. Y precisamente por la experiencia se reconoce a los profesionales. A los policías que se ocupan del caso tampoco les falta. Son unos treinta al pie del cañón, algunos pertenecientes a la Brigada Antiterrorista. Unos cuantos de ellos han podido, con autorización de los médicos, interrogar a los heridos leves antes de que los evacuaran, pero la mayoría recorre el barrio en busca de testigos, vecinos cuyas ventanas dan al lugar del siniestro, comerciantes y peatones que no han sido alcanzados directamente por la explosión.

Están en contacto permanente con los equipos que, desde los despachos, buscan a los propietarios, a los inquilinos de los edificios, de las tiendas, consultan las bases de datos y comprueban el contenido de dos cámaras de vigilancia (aunque están seguros de que no han captado nada debido a su ángulo de enfoque). En cuanto aparece una nueva identidad, la de un testigo o un peatón, se verifican todos los ficheros que puedan mencionarle. Apenas una hora después del atentado la información recogida se cifra en decenas de gigabytes.

Y, por el momento, el único testimonio realmente fiable es el de Clémence Kriszewckanszki.

Su nombre es tan complicado de escribir que todo el mundo pone mucha atención al hacerlo... Moraleja: en veintidós años de vida solo ha visto su apellido mal escrito dos veces. Es una chica de físico vulgar, de las que llaman poco la atención. Se encontraba en la terraza, sentada a pocos metros de Jean. En el momento de la explosión, su amigo se ha caído hacia atrás y se

ha abierto la cabeza. Lo han llevado a urgencias.

—Julien... —dice, casi en voz baja.

—¿Julien qué más? —pregunta el policía, preparado para apuntarlo.

Aquello la incomoda. Estaban allí, besándose, acariciándose, pero no sabe su apellido. Es el amigo de un amigo... Frunce los labios, tiene miedo de que la tomen por una puta. Pero al policía eso le da igual, por él como si lleva haciendo la calle desde los trece, le trae sin cuidado. Lo importante es que quizás haya visto al que ha puesto la bomba.

Hay tres agentes rodeándola, sentados en sillas de plástico rojas, en la parte de atrás de un restaurante cuya cristalera ha quedado hecha añicos por la explosión.

—Alto. —Recuerda Clémence—. Más de un metro ochenta. Parecía un poco torpe, ¿sabe? Patoso. Cabello oscuro que le tapaba bastante la frente, con una pequeña mancha bajo el ojo derecho, labios bastante gruesos, llevaba unos vaqueros beis de costuras visibles y un cinturón Harley-Davidson. Y...

—Espere, espere. —La interrumpe el policía, visiblemente desbordado—. ¿Se ha fijado en la hebilla de su cinturón?

Sin esperar respuesta, el jefe dice algo en voz baja al tercer agente, que abandona de inmediato la sala.

Los policías parecen no creérselo. Clémence los mira sin entender. El jefe le hace un gesto para que continúe. Prosigue con su testimonio, describe la ropa del chico, la marca de su teléfono, la bolsa que había dejado a su lado, los zapatos, hasta sus expresiones, y sobre todo su forma de mirar el edificio, con el móvil colocado en equilibrio sobre la mesa, frente a él... Un joven policía de paisano entra, parece que tiene prisa, deja una hoja sobre la mesa, balbucea algo inaudible y vuelve a salir. Los tres hombres miran a Clémence en silencio.

Ella los mira a su vez, uno por uno, no entiende qué pasa.

—¿Puede describirme al agente que acaba de entrar? —pregunta el jefe.

Es un clásico, pero ¿hay otra alternativa?

—Unos treinta años —dice Clémence.

Habla como si fuese evidente, como si le hicieran repetir algo que todo el mundo sabe.

—Pantalón azul, amplio en los bajos, jersey de punto con motivos azules,

como de espiguilla, lleva una cadena con una medalla de oro en el cuello...

Los tres policías se miran al tiempo sonriendo, al juez le va a encantar esta testigo.

Vuelven a la descripción del hombre que colocó la bomba. Llaman a la policía científica para que realice un retrato robot. Un retrato hiperrealista, hasta sus amigos del parvulario serían capaces de reconocerlo.

Pocas veces las cosas empiezan tan bien.

18:08 h

Mientras tanto, a menos de cien metros de allí, dos hombres se disponen a dar al caso un giro inesperado.

El primero se llama Basin. Es uno de los responsables del laboratorio central de la Prefectura. Unos cincuenta años, alto y robusto, nacido en el suroeste, jugaba al rugby de joven pero no pudo llegar a profesional porque tenía manos de pianista, nada adecuadas para el balón, aunque perfectas para desactivar artefactos explosivos, de hecho se ha pasado la vida haciéndolo.

Está plantado delante del socavón que ha abierto la bomba.

Ha visto muchos, pero este le deja pensativo.

—Joder —dice alguien a su lado, en voz baja.

Es Forestier, un compañero, un veterano que perdió un dedo en Kosovo. Desde ese día ya no es el mismo. Perder un dedo, en esta profesión, no significa nada, pero cuando uno se cree inmortal es un fracaso. También él mira el agujero. Solo puede verse una parte, a causa de los trozos del andamio derrumbado, pero a estos tipos les enseñas cuarenta centímetros del cráter, solo el borde, y te reconstruyen todo el escenario.

Y ese cráter, cuando lo despejen, tendrá tres o cuatro metros de circunferencia, y una profundidad de un metro.

—Me cago en la puta... —dice Forestier.

Ambos están atónitos.

Asienten y esbozan una sonrisa, discreta. No crean que hay un solo gramo de cinismo, es puramente profesional.

Pero es verdad que en pleno París hace tiempo que no se ve un obús de 140 milímetros.

19:00 h

—¡Joder! ¿Un obús?

—Sí, señor ministro —responde el experto de Protección Civil—. Sin duda de la Primera Guerra Mundial.

—¿Y todavía funcionan esos trastos?

—No siempre, señor ministro, hay mucha chatarra. Pero está claro que el de la rue Joseph-Merlin se había conservado bien...

El ministro se vuelve hacia la DGS, interrogando con la mirada. El funcionario hace una mueca de disgusto.

—No estamos ante un caso clásico. Si se trata de un acto aislado, será como buscar una aguja en un pajar. Nuestra única esperanza es que reivindiquen pronto. Y que pidan un rescate, si puede ser. Poder tener algo que rastrear. Mientras tanto, hay que buscar entre los coleccionistas de armas, los locos de la Gran Guerra, algunos grupúsculos de reputación violenta, y examinar amenazas recientes que no fueron tomadas en cuenta. Resumiendo, tiramos de lo poco que tenemos. Buscamos a ciegas.

El ministro es un hombre de acción. Odia cuando no queda más remedio que esperar.

Se levanta, debe rendir cuentas al presidente. Esa perspectiva le tranquiliza. Ser ministro significa tener un marrón por minuto. Ser presidente, el triple.

19:15 h

Si no hubiese sido por todo ese tráfico, Camille habría llegado a casa de Anne a la hora. Normalmente es puntual. Pero, como si los boletines no le hubieran

puesto lo suficiente sobre aviso («... *el ministro del Interior ha visitado el lugar de los hechos...*»), ha tomado una ruta que pasaba cerca de la rue Joseph-Merlin. Desastre asegurado. En cuanto ha visto su coche en el atasco, ha comprendido que se había metido en la boca del lobo. En cuestión de distancia no estaba lejos de su meta, pero en cuestión de tiempo... En esos casos, muchos de sus compañeros colocan el faro de emergencia en el techo y aceleran con todas las sirenas puestas. Si fuese sincero, Camille debería confesar que también él ha caído en la tentación algunas veces. Pero pocas. Y en esta ocasión no. Consulta el GPS en busca de un itinerario alternativo mientras las gafas se le caen al suelo, debe hacer acrobacias para recogerlas y, como es natural, el teléfono elige ese momento para sonar.

—¿Dónde estás?

Camille suelta el embrague, el coche da un tirón y se cala, agarra sus gafas, se coloca el teléfono en el hombro y, sin aliento, murmura:

—Cerca, estoy cerca...

Anne, divertida, contesta:

—¿Vienes en coche o corriendo?

Y de pronto, ante Camille, la calle se despeja. Vuelve al volante entre el ruido de cláxones impacientes, agarra el cinturón de seguridad, enciende el motor, mete una marcha, la tercera, sigue con el teléfono atrapado en su hombro izquierdo. El coche retumba.

—Ya llego —dice—, cinco minutos...

Pero vuelve a perder el teléfono, que esta vez cae sobre sus rodillas y, por supuesto, suena de nuevo.

La circulación es fluida, han habilitado un desvío. Camille pasa delante de un policía nervioso que agita su porra silbando como un condenado. Rueda a buena velocidad. Camille se concentra, no debe perderse. De hecho, no creía estar tan cerca, a pocas calles de la casa de Anne.

En la pantalla del teléfono ve el nombre de Louis, su ayudante. Otro del que no se entiende qué hace en la policía. Está completamente forrado, podría pasarse la vida durmiendo sin perder un ápice de poder adquisitivo. Y es culto como una enciclopedia, casi imposible de pillar... A pesar de todo, ha elegido la Brigada Criminal. En el fondo, es un romántico.

Camille descuelga.

Louis menciona la explosión de la rue Joseph-Merlin.

—Lo he oído, sí —dice Camille.

Busca un sitio para aparcar, pasa delante del edificio donde vive Anne, se dispone a dar la vuelta a la manzana.

—En el Ministerio están como locos, la Prefectura...

—Venga, suéltalo —dice Camille.

Está nervioso porque ha visto un hueco libre, allí, justo delante, pero aparcar sosteniendo el teléfono... Enciende los cuatro intermitentes.

—Ha venido un hombre —dice Louis—. Ha preguntado por usted.

—¿Y por eso me llamas? ¡Habla tú con él!

—Solo quiere hablar con usted. Dice que ha sido él quien ha puesto la bomba.

Camille se detiene. El coche que viene detrás le da las largas.

—Escucha, Louis, gente de esa...

Pero Louis no le deja terminar:

—Empezó a grabar el lugar un minuto antes de la explosión, así que no hay dudas. Si no ha sido él, está jodidamente bien informado.

Esta vez Camille no vacila, baja la ventanilla, coloca el faro giratorio en el techo, enciende las luces y acelera.

—Soy yo —dice a Anne—. Creo que lo de esta noche no va a poder ser.

19:45 h

La historia de la bomba tiene ya conmocionado a todo el cuerpo de policía, la Brigada Criminal está patas arriba; la noticia de la aparición del chico que pretende ser el autor del atentado de la rue Joseph-Merlin ha corrido como un reguero de pólvora.

En la planta baja, Camille se cruza con Basin, el tipo del laboratorio. Se conocen, han trabajado juntos en dos casos, se llevan bien.

—La bomba es sin duda un obús de 140 milímetros —dice Basin mientras acompaña a Camille hasta la escalera.

—¡Pero si esos aparatos son enormes!

Basin separa las manos como si calculase el tamaño de un lucio.

—Cincuenta por... catorce. No es enorme. Un poco pesado, eso es todo.

Camille memoriza la información.

—Y en cuanto al alcance, ¿qué tenemos?

—La presencia del andamio —enumera Basin—, la pasarela de madera, la amortiguación de la fachada del edificio, la profundidad a la que estaba enterrada la bomba..., varios factores se han aliado y han limitado la onda expansiva y la de choque. Sin esos obstáculos, las pérdidas humanas habrían podido ser considerables. Imagínate, si hubiese colocado el obús debajo de un cine y lo hubiera programado a las nueve de la noche, tendríamos veinte muertos.

Parece dudar, y corrige.

—Más bien treinta.

Basin se marcha en dirección opuesta, Camille sigue hasta su despacho y se cruza con una joven, sentada en el pasillo. Asustada. Con dos guardias uniformados solo para ella.

—Es la única testigo —dice Louis—, Clémence Kriszewckanszki. La he puesto bajo custodia.

Camille entra en su despacho.

—Venga, Louis, cuéntamelo todo.

—Se llama Garnier.

Louis sostiene su elegante libreta y su elegante bolígrafo, se coloca el mechón de pelo por el lado derecho.

—Pero ¿por qué quiere hablar conmigo? —pregunta Camille, molesto—. ¿No había nadie más?

—Dice que le ha visto en la tele.

—Eso nos da una idea de su nivel...

Louis no reacciona y prosigue:

—Su nombre no figura en el registro, pero sí está el de su madre, Rosie Garnier. Lleva ocho meses en prisión preventiva por asesinato.

—Eso nos da una idea del entorno familiar.

Camille agarra la hoja que le entrega Louis. Síntesis perfecta en treinta líneas. Camille nunca recuerda cuál de las dos oposiciones aprobó Louis, si a la ENA o a la Normal Superior^[2]. De todas formas no llegó a ir, prefirió

entrar en la policía. Treinta líneas que explican la ficha de Garnier madre. No hay nada sobre el hijo.

Encima de la mesa, las fotos del atentado, tomadas minutos después de la explosión. Un escenario apocalíptico. A Camille le vienen a la cabeza las imágenes de la rue des Rosiers o de la rue Copernic... El atentado del Cercanías, ¿en qué año fue? Le cuesta recordar fechas.

Se detiene en el rostro inerte de un niño pequeño tendido en la acera, la cara ensangrentada, la mejilla apoyada en el hormigón, que sostiene un estuche de clarinete abierto y vacío.

Los niños suelen conmovier a Camille, siempre se ha sentido cercano a ellos por su talla.

Al mismo tiempo, es el tipo de policía que se emociona con facilidad. De lágrima fácil.

Y eso, en un policía..., en fin, dejémoslo.

19:55 h

Camille calcula que debe de tener unos treinta años.

—Veintisiete. En junio. —Precisa Jean, como si eso tuviese importancia.

No sabe adónde mirar. Se frota lentamente las palmas de las manos una contra otra, entre las rodillas, pero eso no quiere decir nada. Cuando uno ve a Camille por primera vez, con su metro cuarenta y cinco, que obliga a bajar los ojos para mirarle a la cara, o cuando este se sienta enfrente con sus pies colgando a diez centímetros del suelo, mucha gente se acaba sintiendo incómoda. El joven conoce a Verhoeven, que para él lleva la etiqueta «Visto en TV», pero encontrarse frente al auténtico Verhoeven es algo distinto.

Y, a pesar de su físico de agricultor, es tímido.

—Garnier, John —dice Camille.

—¡Jean!

Ha saltado del asiento. Al parecer tiene su importancia esa precisión. Camille, escéptico, mira con el ceño fruncido su carné de identidad, como si descifrase una lengua extranjera:

—Lo siento, aquí leo «John».

El chico le mira a los ojos.

—Vale, de acuerdo —concede Camille—, se escribe John pero se pronuncia Jean. Entonces, *Jean* —Camille hace hincapié en la sílaba—, así que ha sido usted el que ha colocado una bomba en la rue Joseph-Merlin.

Y cruza los brazos.

—Explíquemelo.

—Durante las obras —contesta Jean—. Puse la bomba antes de que lo tapasen.

Camille no reacciona. En ese tipo de situaciones los sospechosos hablan, se interrumpen y vuelven a interrumpirse, la mitad de las veces se desdicen ellos mismos. Así que lo más simple es dejarles hacer.

—El obús. —Precisa Jean—. Lo puse de noche.

Camille se limita a levantar una ceja con aire escéptico. Jean (o John) tiene una voz grave que se corta cada pocas palabras, como si sus frases tuvieran puntos por todos lados, muy rudimentarias: verbo, sujeto, complemento.

—Estaban haciendo trabajos de canalización y tuvieron la calle levantada varios días. Habían puesto una barrera de seguridad. Para que la gente no se cayese. Fui hasta allí de noche. Coloqué una cubierta de lona sobre la zanja, bajé y trabajé bajo la lona. Hice un agujero en la pared de la zanja. Coloqué el obús a cincuenta centímetros bajo la acera, puse un detonador, un temporizador, lo programé y lo volví a tapar.

No se guarda nada. Al contrario, quiere contarlo todo, basta con preguntar.

Louis está detrás de su pantalla. Confirma a Camille con la mirada: el mes anterior cambiaron los conductos de agua en la rue Joseph-Merlin.

—¿Y por qué lo ha hecho? —pregunta Camille—. ¿Cuál era su intención?

Pero Jean no responde a preguntas concretas. Lo cuenta todo, pero según su propio orden, las cosas deben desarrollarse como las ha imaginado. Es muy aplicado.

—He colocado siete obuses. Quedan seis. Una explosión diaria. Eso es lo previsto.

—Pero... —repite Camille atónito— ¿qué pretende?

Jean pretende que les dejen en libertad, a su madre (en prisión preventiva) y a él (que va a ser detenido).

—Un procedimiento del tipo «protección de testigos». —Precisa.

Es una idiotez, así que la primera reacción de Camille es echarse a reír. Jean, en cambio, permanece imperturbable.

—Nos dan una nueva identidad. —Prosigue—. Nos trasladan a Australia con dinero suficiente para instalarnos. He pensado en cuatro millones. En cuanto pasemos la frontera, les doy la ubicación de los seis obuses que quedan.

—Pero esas cosas las hacen en Estados Unidos —responde Camille—, ¡no aquí! ¡Ha visto usted demasiadas series, caballere! Esto es Francia y...

—Sí, lo sé —Jean barre el aire con un movimiento de la mano, molesto—, ¡lo sé! Pero si lo pueden hacer allí, se puede hacer aquí. Estoy seguro de que ya lo han hecho. Con espías, mafiosos y ese tipo de gente. Pregunte por ahí. De todas formas, es eso o nada, así que...

El chico es bastante tosco, claramente inmaduro (esa idea de Australia es estúpida, como un sueño de adolescente), pero no es nada tonto. Y si sus amenazas se confirman, su capacidad para hacer daño es impresionante.

—Bueno —dice Camille levantándose—, vamos a retomar todo desde el principio, si no le importa.

No hay problema.

Jean está de acuerdo, cuanto más claro esté todo, más rápido acabarán.

—En cuanto al dinero, puedo bajar a tres millones. Pero no menos.

En su rostro no hay la menor sombra de duda.

20:05 h

Al salir, Camille se encuentra frente a frente con la joven de apellido impronunciable. Sonríe y se acerca.

—¿Va todo bien?

Ella se limita a hacer un gesto con la cabeza.

—Vamos a necesitarla. —Prosigue Camille—. Después podrá volver a su casa.

Asiente. Está de acuerdo.

Justo antes de entrar en la sala de reconocimiento, Camille se lleva a Louis aparte.

—Saca a Garnier de ahí...

Louis se coloca el mechón. No le gusta. No está dentro de...

—Sí, lo sé, Louis —le corta Camille—, pero me da igual. Si es él, la legalidad del procedimiento será lo que menos nos importe. Vamos, date prisa.

Así pues, cuando la joven Clémence mira a los cinco hombres que han dispuesto frente a ella, sin cinturón, sin cordones, sin corbata, jóvenes, viejos, cinco policías procedentes de múltiples departamentos, niega con la cabeza, lo siente pero...

—No es ninguno de ellos —asegura.

Tiene una bonita voz, suave, una sonrisa amable, quiere cooperar, le habría gustado reconocer al joven... Incluso cuando se le pide que los observe de nuevo, no, no está el que ha visto en la terraza.

Camille se encoge de hombros, con aire de decir «bueno, no se puede ganar siempre». Después de lo cual abre la puerta y, naturalmente, en cuanto Clémence pone un pie en el pasillo, se vuelve hacia el comandante, como si quisiera huir en dirección contraria. Señala con el pulgar, a su espalda, a uno de los chicos sentados en el banco, al lado de dos policías de paisano, los tres con aspecto de estar esperando su turno en la consulta de un médico.

—¡Es él! —murmura febrilmente, con los dientes apretados—. ¡Es él!

Es una buena noticia y el principio de muchos problemas. Camille deja a Clémence en manos de uno de los policías jóvenes, para que la acompañe.

Antes de volver a su despacho, llama a la centralita y pide que le pasen a Basin. Se hace un silencio a su alrededor, la presencia de quien pretende ser el autor del atentado pone nervioso a todo el mundo, en espera de confirmación.

—¿Y bien? —pregunta Basin cuando descuelga.

—No quiero exagerar —responde Camille—, pero en mi opinión la cosa está fea. Me gustaría que le escucharas..., que me aconsejaras. Técnicamente.

Mientras aguarda la llegada de su colega, Camille se acerca a la ventana, intenta ordenar sus pensamientos. «Seis bombas preparadas —se dice—. Una explosión diaria».

Por mucho que se lo repita es algo así como un *tsunami* o un terremoto, sabe que es catastrófico pero, mientras no suceda, la idea sigue siendo bastante abstracta.

20:15 h

Jean Garnier ha visto a Camille volver a su despacho acompañado por un hombre alto, ancho de hombros y con manos de mujer, que se ha sentado en una silla, a su espalda, con los brazos cruzados. No parece molestarle.

Volvamos a empezar. Desde el principio.

—Así pues, compró usted siete obuses.

—No —explica Jean—, no los compré. Los recogí en la carretera de Souain-Perthes, en dirección a Sommepey. Y en Monthois.

Camille, por encima del hombro de Jean, interroga a Basin, que asiente con un ligero movimiento de cabeza. Es en el este, explicará más tarde, en la zona de Châlons, en la Marne. Cada año, decenas de obuses de la Primera Guerra Mundial salen a la superficie; los agricultores los amontonan al final de los caminos hasta que llegan los artificieros.

Camille se queda de piedra.

Simplemente, el tipo ha recogido obuses al borde de la carretera...

—¿Y cómo los transportó?

Jean se vuelve hacia Louis, en cuya mesa han depositado todo el contenido de la bolsa de deportes con la que ha llegado. Alarga el brazo y señala un manojito de recibos unidos por un clip.

—Alquilé un coche. Ahí tiene la factura.

Cuando Basin toma la palabra, Jean no se vuelve hacia él, permanece concentrado. Basin quiere saber cómo lo ha hecho. Recoger un obús es una cosa; hacerlo estallar, otra.

—Con un detonador y un relé —dice Jean como si fuese evidente—, no

tiene ningún secreto.

Señala un despertador digital con calendario.

—Programé todas las bombas con eso. 3,99 euros en internet.

Louis saca la factura del montón de recibos: Garnier pagó con tarjeta, con la tarjeta que está en su cartera, no hay duda, es la misma. Es la primera vez que ven a un asesino traer las facturas para demostrar que es el culpable.

Jean muestra una caja llena de detonadores, tubos del tamaño de un cigarrillo.

—Los robé en Technic'Alpes —explica—. Es un almacén de material de obras públicas en Haute-Savoie.

Louis lo comprueba en la red.

—No hay más que un guardia a tiempo parcial. —Comenta Jean—. Fue muy fácil.

—La empresa existe —confirma Louis desde la pantalla—, la sede está en Cluses.

—La sede puede —dice Jean—, pero el almacén está en Sallanches.

En la habitación todo el mundo empieza a sentirse realmente mal.

Porque si dice la verdad sobre esa bomba de la rue Merlin, sin duda dice la verdad sobre las demás. Los seis próximos obuses. Eso es justo lo que piensa Basin, que no para de asentir con la cabeza dirigiéndose a Camille. Para él, no hay dudas. Desde el punto de vista técnico puede haberlo llevado a cabo perfectamente.

Basin se levanta, rodea la silla de Jean Garnier y se planta de pie, frente a él.

—Esos obuses de la Gran Guerra, si los encuentran es porque no han explotado. Solo uno de cada cuatro está en condiciones...

Jean frunce el ceño, preocupado. No comprende.

—Lo que quiero decir —prosigue Basin con paciencia— es que su amenaza solo es real si los obuses funcionan. ¿Lo entiende?

Basin le está hablando como a un tonto o a un sordomudo. No se le puede reprochar, Jean Garnier no tiene una cara que irradie inteligencia.

Basin continúa en tono pedagógico:

—No puede estar seguro de que los obuses vayan a explotar. Su amenaza...

—Uno —le interrumpe Jean contando con los dedos—: el primero ha funcionado perfectamente. Dos: por esa razón hay seis, para tener en cuenta los que no van a funcionar. Y tres: si están dispuestos a correr el riesgo, es cosa suya.

Silencio.

Basin intenta mantener la compostura.

—¿Tiene aquí todo lo que ha usado?

—Los relés, los cables..., lo compré todo en Leroy Merlin —contesta Jean.

Nadie reacciona. Poco importa, ha decidido contarlo todo, así que lo cuenta todo.

—¡Ah, sí! En mi casa no van a encontrar ningún ordenador. Lo he tirado. Sé que pueden registrarlo incluso si se han borrado los datos...

Y lo mismo con el teléfono fijo, hace mucho tiempo que lo dio de baja.

A Camille le cuesta entenderlo. Necesita hablar con Basin y Louis.

Dejan a Jean con un gendarme. Podrían incluso dejarlo solo, no hay peligro, en eso todo el mundo está de acuerdo.

Salen al pasillo.

—Joder. —Suelta Camille nada más cerrar la puerta—. ¿Es posible aterrorizar a una ciudad comprando despertadores en internet, relés en Leroy Merlin y recogiendo obuses en los arcenes?

Basin se encoge de hombros.

—Sí, es fácil. Durante la Primera Guerra Mundial se lanzaron mil millones de obuses, dotados de una energía cinética impresionante: uno de cada cuatro quedó clavado en el suelo sin estallar. Continúan saliendo a la superficie, como peces muertos, no hay más que agacharse. Se han recuperado veinticinco millones, que es como decir nada. Si hubiese que retirar todo lo que queda en suelo francés, al ritmo actual se necesitarían setecientos años... Hay mucha chatarra, pero también muchos obuses, y una cosa compensa la otra. Si tienes siete, las posibilidades de que uno o dos funcionen son bastante elevadas. Con suerte, puedes incluso llegar a tres, cuatro o cinco obuses. El premio gordo sería que todos funcionasen.

—Y como sistema de detonación ha utilizado un despertador, pero cualquier cosa que produzca un impulso puede servir: un timbre, un teléfono

móvil...

Todo aquello es nuevo para Camille.

—Muchas veces creemos que el terrorismo es algo sofisticado — concluye Basin—, pero no lo es.

20:45 h

El nerviosismo deja paso a la efervescencia. Mientras la información asciende por la escala jerárquica hasta la cumbre del Estado, la Brigada Criminal se organiza sin esperar.

El comisario Le Guen, un paquidermo shakespeariano de andar pesado pero mente despierta, ha informado al juez que acaba de ser designado. Ambos están de acuerdo sobre un punto: el comandante Camille Verhoeven es el encargado del caso, «hasta nueva orden».

Camille mira el reloj sonriendo.

—Eso será dentro de aproximadamente ¿cuánto?, ¿una hora?

Louis cree que harán falta dos. No importa, tienen poco tiempo. A Camille solo se le ha encomendado la tarea de desescombrar. Después será sustituido. Pero no envidia a su sucesor, esta historia no huele nada bien.

Mientras tanto, comprueba que le asignan personal extra, una quincena de agentes. Louis se encarga de ponerlos al día. Cuando entra Camille, ya saben por qué están allí. El murmullo cesa a su llegada. Siempre provoca ese efecto: su estatura teatralmente baja, su brillante calvicie, y sobre todo su mirada cortante. Tan teatral que, en circunstancias importantes, es un hombre que tiene tendencia a callar. Así que, de golpe, todo el mundo se queda en silencio. Él espera unos segundos. Es un tanto efectista, pero nadie se lo reprocha. Aquí lo conocen todos, conocen su historia, la de su mujer y su depresión posterior, la de su ausencia y la de su regreso... Verhoeven está a dos dedos de la leyenda.

Hace un esbozo superficial del culpable confeso mientras Louis distribuye el resumen que ha redactado en el ordenador, impecable, preciso, argumentado, sin tacha.

—Si Garnier dice la verdad —comenta Camille—, una segunda bomba hará explosión en menos de veinticuatro horas. Y puesto que su primera andanada, la de la rue Joseph-Merlin, no ha sido ninguna broma, debemos considerar que la amenaza es seria.

Podría aprovechar para pronunciar alguna frase histórica del tipo: «La primera bomba no ha provocado ningún muerto, es el primer milagro. Ustedes se encargarán del segundo...». Pero, al contrario de lo que piensa Garnier, la realidad no tiene nada que ver con una serie de televisión.

Camille se limita a dar un consejo:

—Todavía no sé cómo van a gestionar este asunto las autoridades. Así que, por el momento, nada de información, ni a la prensa ni a nadie. Les recuerdo que son un equipo reducido...

Deja un silencio en la sala que todo el mundo descifra a la perfección: el autor del más mínimo chivatizo se meterá en un buen marrón.

Sin embargo, Camille no se hace ilusiones. La prensa acecha, puede filtrarse rápidamente que Jean Garnier se ha entregado. Querer mantener un asunto de estas dimensiones en secreto es un sueño imposible.

—Se concentrarán ustedes en la historia de Jean Garnier —prosigue—, sus amigos, sus relaciones, etcétera. Y en especial en lo que hizo ayer, antes de ayer, el día anterior; a quién ha visto, con quién se ha citado, cruzado, sus familiares, sus vecinos. Debemos trazar sus acciones y movimientos durante estas últimas semanas.

Camille decide la composición de los equipos, qué hará cada cual, y al final concluye:

—Louis Mariani se encargará de la coordinación, todo lo que aparezca pasará por sus manos. Buena suerte a todos.

Después atraviesa la sala y se dirige a ver al juez.

Louis abre el turno de preguntas, y los grupos se precipitan sobre él. Vestido con su traje de Armani, tiene aspecto de marquesito, pero es extremadamente eficaz. Responde con calma y precisión, da la impresión de que puede pasarse la noche contestando sin sudar ni gota.

Veinte minutos más tarde, todo el mundo se ha marchado y Louis, en una sala con los informáticos, se dispone a seleccionar las llamadas de los policías destacados, recopilar información, colgar fotos y datos en el tablero y

redactar síntesis parciales para el comisario, para el juez y para Camille.

21:10 h

Camille se pasa el trayecto agarrado al cinturón de seguridad. Con las luces de emergencia y las sirenas es imposible concentrarse. El conductor tiene alma de esquiador de eslalon; para él apenas son necesarios cuatro o cinco frenazos para llegar de París a Bagnolet.

Pero las órdenes de Camille han sido muy claras. A pocos minutos del domicilio de Jean se apagan las luces, se reduce la velocidad y se deja pasar al coche de Verhoeven. Los técnicos llegarán discretamente, nadie quiere alarmar a todo el vecindario. Se procede con rapidez, pero con suavidad.

El barrio donde viven Rosie y Jean Garnier es un conjunto de edificios sin personalidad. Pobre en los años setenta, rebautizado «modesto» en la década siguiente, reconquistado hoy por treintañeros bien situados y mandos intermedios de empresa, aspira ahora al estatus de «residencial». De hecho, así es como hay que considerarlo. Suburbio, no; zona residencial. Aquí no hay paletos.

El número 21 es el primer edificio a la derecha. Hay vehículos estacionados por todas partes. La barriada no se diseñó para treintañeros ecológicos amantes de los automóviles, así que los coches patrulla se ven obligados a aparcar en doble fila. Camille les hace una seña, fuera, esperad más lejos. Pero por muy discretos que se muestran, en cuanto llegan a la puerta suenan los primeros pasos en la escalera de hormigón: vecinos en busca de información que se quedan allí, primero cuatro y después cinco, de pie en los escalones, como gallinas, esperando a que alguien salga, a tener cualquier cosa que llevarse a la boca. Susurran, todo el mundo sabe algo, o al menos todo el mundo tiene su propia idea. Camille pide a un agente que los interrogue, que les pida opinión sobre sus vecinos, que les pregunten si están contentos...

Luego entra. Al mismo tiempo, dos agentes y dos técnicos se introducen en el piso.

Las persianas están bajadas, las plantas reunidas en la bañera medio llena; las que son más propensas a encharcarse llevan plantadas en la tierra botellas de plástico invertidas. Todo está limpio, el frigorífico vacío, desenchufado y con la puerta abierta, las camas están hechas, los armarios en orden, el aspirador pasado a conciencia. Huele a quitagrasas, a espray para el polvo, a todo el arsenal de limpieza al servicio de los particulares.

El mobiliario es antiguo, pero está bien conservado: en el salón, una mesa de teca con sillas a juego, de las que se fabricaban treinta años atrás; un aparador largo con toda la vajilla cuidadosamente ordenada. Una vitrina con estantes de vidrio contiene figuritas, caballos de cristal, recuerdos de vacaciones y una muñeca con un vestido folklórico del que Camille no sabría decir a qué región pertenece. En la modesta biblioteca, una colección de libros baratos de tapa dura con adornos dorados (*Los Rougon-Macquart, Las grandes batallas de Francia, El secreto de los Templarios...*), de los que se compran mediante suscripción, pero que no parecen haber sido abiertos jamás. Mientras los agentes registran todos los armarios, Camille echa un vistazo a la habitación de Rosie. La cama, cubierta de peluches como los que se ganan en las ferias, parece esperar su regreso. En el suelo, una alfombrilla de piel sintética. Minuciosamente alineadas sobre una estantería, una cantidad impresionante de novelas rosas (*Atracción culpable, Un puente hacia la felicidad, La magia de una noche...*). Cuando va a salir de la habitación, Camille se detiene ante una maleta que un agente acaba de sacar del armario. El contenido huele a recuerdos. Camille le echa un vistazo rápido.

—Confiscadlo todo —dice.

En la habitación de Jean hay carteles de futbolistas en las paredes, un montón de videojuegos y de películas de terror. También todo muy bien ordenado, nada fuera de su sitio.

El piso pertenece a la Oficina Pública de Viviendas de Alquiler Reducido. Con Jean Garnier detenido, lo vaciarán en dos meses y lo ofrecerán a una nueva familia, y todo lo que haya dentro acabará en un contenedor. Da igual que los ocupantes tuvieran la intención de volver o la de marcharse definitivamente: todo estaba preparado para una visita de la policía.

De pronto, la tesis de que Jean Garnier ha colocado otras seis bombas listas para estallar cobra peso.

21:45 h

Los primeros testimonios hablan de un chico bastante tímido, pero amable.

«Ha hecho algún trabajito en casa —ha comentado un vecino, un cincuentón orondo—. Cambiar la junta de un grifo, arreglar un enchufe, ya sabe, esa clase de chapuzas para sacar algún dinero... Poco hablador, la verdad, hola y adiós. Con él no había manera de mantener una conversación. Pero es un buen chico. No haría daño a una mosca».

—Hay que reconocerlo —dice Camille—. Lo que se dice moscas, no ha matado ni una en la rue Joseph-Merlin.

El joven permanece esposado a la mesa de hierro y ya muestra síntomas de cansancio. Lleva dos horas oficialmente detenido, dos horas bajo un aluvión de preguntas de agentes que se relevan cada diez o quince minutos.

Mientras Camille hablaba con las autoridades, sus compañeros se han empleado a fondo. El joven se agarra la barriga, tiene un hematoma bastante grande en la mejilla derecha, un profundo corte en la frente y le cuesta respirar. «Se ha caído en el pasillo», le han dicho a Camille.

En los casos de terrorismo se dispone de un arsenal jurídico impresionante, y la detención preventiva puede durar casi un siglo. Va a pasar mucho tiempo antes de que vea la sombra de su abogado. De todas formas, Jean dice que no lo quiere.

—¿Se puede saber por qué? —le ha preguntado Camille.

—No lo necesito. Ustedes me dan lo que pido, yo les doy lo que quieren, y ya está. Si no, habrá centenares de muertos y a mí me caerá la perpetua. No veo en qué va a cambiar nada de eso un abogado...

Se palpa la mejilla.

—Sus colegas están bastante cabreados, pero me necesitan para encontrar las bombas, así que...

Aquello deja helado a Camille.

Parece que Jean se encuentra bien. Muy bien, incluso, considerando las circunstancias.

A lo largo de su carrera, Camille ha visto a muchos sospechosos torturados. Se conoce todo el catálogo de reacciones, y eso es lo que le preocupa en este caso. A Jean le han propinado un trato de extrema dureza, pero reacciona como si fuese lo más normal del mundo, como si se lo esperase, como si hubiera previsto la actitud de la policía.

¿Hasta qué punto tiene todo bajo control?

¿Cómo alguien que parece tan tosco y huraño puede ser capaz de un plan tan elaborado?

Algo no encaja.

—John Garnier —lee Camille en voz alta—, futbolista aficionado, formación profesional en electromecánica. Fama de manitas. Trabajos esporádicos... Un tiempo en el paro.

La cara de Jean es un poema. El hematoma empieza a ponerse violeta. Camille vuelve a leer el informe y después levanta la cabeza, admirado.

—Y sigue viviendo con su madre. ¡Con veintisiete años!

Jean ni se inmuta.

—De padre desconocido... Venga, hábleme de eso, Jean.

—Padre desconocido quiere decir que no lo conozco, ¿qué quiere que le diga?

—Sí, eso es lo que dice su estado civil, Jean. A mí lo que me interesa es lo que te ha contado Rosie.

—¡Que él no quiso reconocerme! Estaba en su derecho...

Garnier ha levantado la voz sin darse cuenta, seguramente harto de repetir esa frase cientos de veces en veintisiete años de existencia. Es el tipo de eslogan que evita la realidad, que permite no pensar demasiado en ello, que ayuda a superar la adversidad.

—Estaba en su derecho —dice Camille—, tiene razón.

Si no conociésemos a Verhoeven, juraríamos que lo piensa de veras. Silencio.

—No quiso casarse con mi madre. —Prosigue Jean con voz más tranquila—. Quería pero no podía, así que se fue al extranjero, eso es todo.

—¿La señora Garnier y su hijo? Se pasaban el día peleando...

Es la vecina de arriba, que vive sola con sus gatos. Una mujer cautelosa. Al contrario que los demás, ansiosos por ver su foto en el periódico, no ha abierto la puerta sin antes llamar a la comisaría, para asegurarse. Y hace su declaración en el descansillo.

—¿Sabe usted por qué se peleaban?

—¡Por cualquier cosa! ¡Todos los días! Bueno, casi todos... Bajé cien veces a llamarles la atención, pero nunca me abrían. Al día siguiente, ella se marchaba a trabajar como si nada. En cuanto a él, ni siquiera saludaba, así de simple. Y venga a romper platos, y venga a dar portazos, y luego todo el día soltando palabrotas a diestro y siniestro.

Mueve la cabeza como si, al escucharse, se asombrase a sí misma. Tras lo cual, su expresión se oscurece.

—Al menos, desde que la metieron en la cárcel la casa está más tranquila.

—Así que no soporta a su madre —continúa Camille—, pero pone siete bombas para que la liberen. Qué raro, ¿no? Y, sin embargo, desde que está aquí ni siquiera ha pedido verla... No entiendo nada de su historia, Jean, se lo aseguro.

—No hay nada que entender —dice sin levantar la vista—. Nos dejan marchar y yo les digo dónde están los obuses, eso es todo.

Camille lo sorprende cuando dirige la mirada hacia el reloj de la pared.

—¿A qué hora está prevista la bomba de mañana, mi querido Jean?

Jean esboza una media sonrisa.

—Es un error tomarme por idiota. Ya verá como pronto cambia de opinión.

No le ofrecen comida, pero él tampoco la pide. Le han puesto en la mesa una botella de agua y un vaso de plástico, que no ha tocado siquiera. Mira al suelo y tiene ya el gesto sombrío de los sospechosos que se están quedando sin reservas, pero aguanta.

Camille está absorto en el sumario de instrucción de su madre, Rosie Garnier.

Dos años atrás, Jean se enamora de una chica, Carole Wendlinger, de

veintitrés. Natural de Alsacia, adonde sueña con volver. Él a su vez sueña con Carole, así que deciden marcharse juntos.

—Le comprendo —exclama Camille.

En la foto, Carole es guapa, increíblemente rubia, sonriente, de ojos azules.

Marie-Christine Hamrouche, cuarenta años, compañera de Rosie y su mejor amiga. Ya declaró tras su detención, y sin duda la citarán de nuevo el día del juicio. Pero le gusta referir esa historia, no se cansa de hacerlo.

—Compréndalo, Rosie se quejaba tanto de su hijo... No había día que llegase sin algo nuevo que contar, otra pelea con él, aquello era continuo. No quería hacer la compra, pero si ella no traía exactamente lo que quería, ¡le montaba una bronca terrible! Reñían por cualquier cosa, por los programas de televisión, la ropa sucia, las tareas de la casa, las salidas, el dinero, las plantas sin regar, las tareas domésticas, los ceniceros llenos... ¡Todos los días una historia distinta! Yo le decía que, para eso, era mejor buscarse un marido. ¡Al menos traería dinero a casa!

El agente que la interroga asiente con calma, le recuerda vagamente a su propia mujer.

—¡Porque encima hacía falta Dios y ayuda para que Jean se pusiera a trabajar! Entonces conoció a esa chica, y todos pensamos: ojalá que cuaje entre los dos. Se lo juro, cuando habló de marcharse con ella, ¡Rosie resplandecía! Como si fuese a ella a la que habían pedido en matrimonio. Qué alivio... Para nosotros también, que conste, quiero decir los compañeros, porque Rosie y su hijo se llevaban tan mal que un día aquello iba a terminar en tragedia.

Ahí se detiene. En ese momento del relato siempre se queda sin palabras, mira al agente, los ojos como platos.

—Así que, ¡imagínese cómo nos quedamos al enterarnos!

—Se lo resumo, Jean —dice Camille—, me corta si me equivoco. Usted y su madre son como el perro y el gato, pero por mucho que se queje, la idea de perderle, de quedarse sola, no deja de atormentarla. Nadie sabe cómo ocurre realmente, supongo que se resiste, llora, patalea, e incluso llega a las amenazas. Como no consigue nada y usted continúa empeñado con su Carole, ella hace como que se rinde, hasta que una noche en la que su amiga vuelve

del supermercado después de su turno, su madre la atropella con el coche. Muerte instantánea. Carole, que soñaba con la Alsacia de su niñez, reposa ahora en el cementerio de Pantin. Su madre esconde el coche. Y después, un mes más tarde, sucede lo inesperado: el sótano se incendia en pleno día, los bomberos fuerzan algunos trasteros en ausencia de los propietarios y descubren el coche. Final de la historia. ¿Todo correcto, Jean?

Es difícil saber si Jean escucha o no, más bien tiene la expresión de estar esperando un tren.

—También usted se mete en un lío cuando detienen a su madre... El coche utilizado para el crimen estaba en el trastero de la familia, eso podría convertirle en el cómplice perfecto, pero el juez no lo ve así; nunca lo usa, ni siquiera hay huellas tuyas en el interior y, como estaba a punto de marcharse con Carole, es difícil imaginarle cómplice de su asesinato...

Jean no mueve ni una pestaña.

—Con lo de hoy las cosas cambian. Está intentando que liberen a su madre. Bueno, eso demuestra que no es rencoroso, dice mucho de usted. Pero lo cierto es que ahora la muerte de Carole cobra otro sentido. Incluso va a empezar a pesarle, porque la posibilidad de que sea cómplice le va a parecer al juez cada vez más atractiva.

Jean mira la pared y suspira, harto de tener que repetirlo una y otra vez:

—Si explotan otras seis bombas en pleno París, eso me va a importar poco.

—¡Su madre mató a su novia, Jean! ¿Por qué se empeña en defenderla?

—¡Porque es injusto! —grita Jean—. ¡Se le fue la cabeza!

Después se calla, como si se arrepintiese de haberse dejado llevar, de haber confesado algo íntimo.

—Quiero decir... que no fue culpa suya.

La tensión ha descendido, pero Camille, durante unos pocos segundos, ha experimentado algo fundamental, que explica quizás la forma de comportarse de Jean Garnier: su cólera. Una cólera que, como la de su madre el día en que mató a Carole, se ha transformado en furia. Excepto que en él esa cólera se ha ido enfriando y ha engendrado un proyecto terrible, un terror planificado. Garnier ha perdido todo contacto con las proporciones de la realidad.

—Razón de más —dice Camille con calma—. Si no fue culpa suya...

Garnier frunce el ceño. Camille le explica con voz tranquila:

—Si cree que se puede aplicar alguna atenuante en el caso de su madre, ¿por qué no deja que vaya a juicio? Que decida un tribunal. Declara a su favor, los psiquiatras confirman que su actuación se debió a un brote de locura, que no fue responsable de sus actos y...

—Y la meten en un manicomio; no, gracias.

Camille acerca su silla.

—Escúcheme, Jean. La primera bomba no ha dejado más que víctimas leves, pero no va a tener tanta suerte la próxima vez. —Le dan ganas de añadir: «Nosotros tampoco», pero se contiene—. Ahora mismo las autoridades se están organizando. Como ha pedido hablar conmigo, por ahora le han dejado en paz, pero si no obtengo resultados con rapidez, quiero decir, inmediatamente, van a pasar a la siguiente fase... Y puedo asegurarle que la gente que se va a encargar de usted no tiene mucho sentido del humor.

Se acerca aún más, Jean inclina la cabeza hacia él, como para escuchar una confidencia.

—Se lo aseguro, Jean, esa gente es realmente mala...

Se echa hacia atrás. Garnier está pálido. Su labio inferior tiembla ligeramente.

—No debería insistir, Jean. Nadie va a darle lo que pide.

Garnier traga saliva.

—Me extrañaría —dice simplemente—. Ya verá...

22:05 h

El juez ha sido diligente. Rosie Garnier, cuarenta y seis años, cartera, encarcelada en Fleury-Mérogis, ha sido trasladada a la velocidad del rayo.

La han dejado en un despacho vacío, sentada en una silla. En la habitación no hay nada más. Quien quiera sentarse frente a ella deberá traer su propia silla. Es lo que hace Camille. Son sillas metálicas, francamente pesadas, así que más que llevarla la ha arrastrado, y los chirridos sobre el suelo de hormigón han hecho que Rosie Garnier arrugase la frente. Después,

Verhoeven ha escalado hasta sentarse, como un personaje de David Lynch.

Camille abre el expediente sobre sus rodillas. Mira la foto de Rosie, del año anterior, justo antes de su encarcelamiento. Ahora pesa veinte kilos menos, pero aparenta diez años más. Tiene el rostro demacrado, agotado, ojeroso. Debe de dormir mal, comer mal..., los hombres son los únicos a los que una prisión de mujeres les puede parecer de ensueño. Su cabello mal cortado está blanco y gris, como si llevara una polvorienta peluca.

Rosie.

El sumario de instrucción incluye la anécdota. Su padre le dio ese nombre en 1964, el año en que Gilbert Bécaud, su ídolo, cantaba *Rosy and John*. Rosie, emocionada, siguió la tradición y le puso a su hijo «John».

«Nunca le gustó... —declaró ante el juez—. Y eso que es una canción muy bonita...».

Camille no se anda por las ramas.

—Su hijo dice haber colocado siete bombas. —Comienza—. La primera ha destruido media calle en el distrito XVIII. Quedan otras seis. Nos ha prometido una carnicería.

Camille no está seguro de que esté comprendiendo lo que le dice. Elige el camino más directo, que consiste en cerrar todas las puertas.

—Nos dirá dónde ha colocado las bombas si aceptamos ponerla en libertad, a él y a usted. Y eso es imposible. Liberarla es imposible.

Rosie procesa la información con dificultad: bombas, su hijo, liberarlos, imposible. Camille aprieta las tuercas.

—Jean solo conseguirá una cosa: la cadena perpetua.

Se acomoda en la silla, como si hubiese terminado y lo que viniera después no fuera asunto suyo.

Rosie menea la cabeza. Habla para sus adentros.

—Jean no es un mal chico.

No consigue imaginar a su hijo haciendo algo parecido. Camille permanece inmóvil. Pasa un minuto antes de que ella comprenda, de que por fin palidezca y entreabra los labios con un «Oh» de dolor, casi inaudible. Es el momento que escoge Camille para volver a la carga.

—Si nos ayuda, el tribunal lo tendrá en cuenta tanto para él como para usted. Pero estoy pensando sobre todo en él. Atropellar a una joven en

motocicleta, aunque fuese a propósito, es una cosa; y colocar una serie de bombas en París, otra muy distinta. Quizá salga usted de prisión dentro de unos años, pero si otra de esas bombas explota, Jean no tendrá posibilidad alguna de volver a ver la luz del día. Nunca. Tiene veintisiete años y cincuenta de prisión por delante.

Rosie le escucha con atención, lo entiende.

Camille ha leído su informe psicológico. Nada de lo que presumir. Nivel educativo muy bajo, capacidad limitada, juicio poco claro, sujeta a decisiones impulsivas, afectividad desordenada y exclusivamente enfocada en la relación con su hijo... La observa y se confirma en su primera impresión. Es una mujer muy simple. Ese juicio es duro de aceptar, porque conlleva una molesta compasión, hasta cierta vergüenza de sí mismo.

Sin embargo, a Camille le asalta una duda.

—¿Sabía usted lo de las bombas?

—¡Jean nunca me cuenta nada!

Dice eso como si fuese algo habitual. Como si hablara de un problema doméstico.

—Señora Garnier, ¿se da usted cuenta de lo que pasa?

—¿Puedo hablar con él?

Esa es la gran cuestión. El juez piensa que hay que ponerlos frente a frente cuanto antes, Camille no está seguro.

—¿Puedo ver a Jean? —insiste—. Quiero hablar con él...

Técnicamente, el juez tiene razón, resulta evidente, es importante un cara a cara. Su madre es la que mejor conoce a Jean, y sin duda la única persona en el mundo capaz de convencerlo.

Sin embargo, Camille sigue dudando. Hay algo extraño en la voz de Rosie, algo que no cuadra, y mientras no comprenda de qué se trata...

—Ya veremos —responde—. Ya veremos...

Explica al juez que el cara a cara puede tener un efecto contraproducente.

—Su madre está muy perjudicada por la estancia en prisión. Él debe de temerse algo de ese estilo, porque fue a visitarla al principio de su encarcelamiento pero nunca volvió... La escribe todas las semanas, nada más. Si la ve en ese estado, corremos el riesgo de que esa imagen le refuerce en su deseo de sacarla de allí...

El juez está de acuerdo. Esperarán.

22:15 h

—¿Seis obuses más? Una explosión diaria, ¿es eso?

Está claro que cuesta digerir la información.

—¿Y lo que quiere es a su madre?

—Sí, señor ministro. A su madre.

—¿Piensa que vamos a enviarle a Australia y esperar a que nos mande una postal con la dirección de las bombas? ¿Es gilipollas?

Se impone el silencio. Nadie sabe si es la decisión correcta, pero, en cualquier caso, todas las soluciones posibles son malas.

—Encuéntrenme una explicación oficial para la explosión —dice el primer ministro—, algo que la gente pueda entender. Preparen un comunicado como sea, hay que ganar tiempo. En cuanto a usted —se dirige al tipo de la Brigada Antiterrorista—, bueno..., hagan lo que tengan que hacer.

Cuando está a punto de irse, se gira.

—Terminen con esta estupidez.

Justo después de su salida, el jefe de gabinete traduce:

—Cojan a Jean Garnier por los cojones. Y aprieten fuerte.

El tipo de la Antiterrorista se levanta y sale sin decir palabra.

Silencio. Tiene pinta de que se va a liar una buena.

Y sin embargo, nadie sabría decir por qué, quizás por culpa de lo inesperado, de la violencia de la situación, de la forma y la rapidez con la que se encadenan los acontecimientos aparecen claramente las consecuencias desastrosas que, en política, son las que más posibilidades tienen de acaecer.

Disponen de una amplia gama de planes de emergencia y de gestión de catástrofes que prevén la organización de la asistencia en caso de desastres de gran magnitud. En espera de saber si Garnier va a colaborar o no, hay que tomar decisiones. Quizás haya que activar el plan ORSEC^[3], realizar el inventario y el análisis de los riesgos potenciales de esa serie de explosiones

y activar el protocolo para la puesta en marcha de un operativo de movilización...

22:40 h

Continúan llegando declaraciones, pero Louis no consigue reconstruir las andanzas de Jean Garnier en las últimas semanas.

—No trata con nadie —explica a Camille—. Sus únicos compañeros son los del fútbol y hace semanas que no lo han visto. Según los vecinos, desde la detención de su madre entraba y salía del piso, se cruzaban con él cuando pasaba por las tiendas del barrio, pero no han observado nada particular. He enviado algunos equipos a investigar sus compras, el alquiler del coche... Jean es el tipo de cliente que no llama la atención y al que nadie recuerda.

Desde que Clémence reconoció formalmente a Jean Garnier, todos piensan lo mismo: habría que difundir su retrato en la prensa, buscar testigos. Pero se ha decretado la ley del silencio. Orden del Ministerio. Las autoridades han sido claras. La foto de un tipo que coloca bombas en los periódicos de la mañana significaría el pánico general.

—Pánico por un lado, masacre por otro —dice Camille—. No me gustaría estar en el lugar de los que toman las decisiones...

—Van a darle lo suyo en breve, no existen muchas personas capaces de resistirse a ese tipo de especialistas.

—No servirá de nada, llegará hasta el final —responde Camille a Louis ante la máquina de café—. Ese tipo sigue un patrón binario, en un solo bloque. Su postura es inamovible porque es rudimentaria, del todo impermeable a los matices. Para él solo existen el sí y el no. Nuestro relevo se va a dar de bruces contra un muro, se admiten apuestas.

Hablando del relevo, Camille está impaciente por librarse del caso, y mira su reloj cada vez con más frecuencia.

Por fin, cuatro tipos abren la puerta sin llamar siquiera.

La Brigada Antiterrorista acaba de tomar el mando.

Sus componentes son grandes como armarios. Su forma de moverse, su

resolución, su mirada, la precisión de sus gestos, todo en ellos da miedo. Jean los observa, impresionado. Había previsto unas cuantas cosas y todo se desarrolla conforme a lo esperado, aunque está claro que la situación acaba de dar un vuelco. En pocos segundos lo empujan fuera, con los brazos a la espalda, esposado, cubierto con un pasamontañas, atado, inmovilizado. En medio de los cuatro hombres parece haber encogido diez centímetros.

El mensaje es claro: hay que poner una marcha más.

Camille no sonríe, pero se siente aliviado. En menos de treinta segundos, los especialistas han irrumpido en el despacho y se han llevado a Jean Garnier.

Camille saluda a su colega, el comandante Pelletier, un tipo alto de cabeza rectangular, con un bigote gigante, decimonónico.

—Que se diviertan...

Pelletier permanece concentrado. Se nota que est  como pez en el agua. Sale en último lugar. No ha pronunciado una sola palabra.

23:15 h

Camille se dirige a casa de Anne, pero a mitad de camino, preocupado, se detiene y saca el móvil.

«Esto se eterniza —escribe en un SMS—, lo siento... Quizás de madrugada...  Puedo?».

Ni se lo ha pensado. No es que no quiera ir a verla, al contrario, acostarse a su lado, sentir su olor, tocarla..., pero se siente perplejo, inquieto. No puede definirlo, pero hay algo que no encaja. Piensa fugazmente en los tipos de la Antiterrorista. Son expertos. En un asunto como este, prefiere no imaginar de lo que son capaces. Lo harán bien.

Y sin embargo...

Respuesta de Anne: «Da igual lo tarde que sea, pero ven...».

Camille duda unos segundos. No, seguir  mintiendo a Anne. Volver  a su casa.

Doudouche est  enfadada, lo normal.  l se muestra atento, pero no hay

nada que hacer, siempre es así; cuando llega tarde, ella hace como si no estuviese.

Está agotado, se tumba completamente vestido en el sofá, no consigue dormir. No le gusta dar largas a Anne, mentirle. Y más sin razón alguna. O quizás sí. Habría tenido la cabeza en otra parte. «El caso ya no es cosa tuya», se repite, pero no hay nada que hacer. Se queda sentado en el sofá, con Doudouche sobre las rodillas, garabateando (nunca para, bocetos por todas partes, croquis, le ayudan a pensar, siempre lo ha hecho de esa forma, reproduce de memoria todo lo que ha visto, es la razón de que comprenda las cosas con retraso).

En su trabajo, están los hechos y lo que los hechos le sugieren. No es que tenga una confianza ciega en sí mismo, es más bien una persona dubitativa, pero escucha sus impresiones, sus reticencias, eso no lo puede cambiar.

Así que sigue garabateando hasta encontrar el rostro de Rosie y, a su lado, el de Jean. El primero irradia una especie de estupidez mezclada con cabezonería, el segundo es más complejo. También hay cabezonería, pero calculada. Un punto en común: la determinación. En ella es obstinación; en él, voluntad. No son gran cosa, pero tienen más peligro que la viruela.

Mirando sus retratos, Camille se pregunta por su relación.

Rosie mata a la novia de su hijo, quien a su vez prepara una ola de terror para liberarla... Esos dos únicos datos, enfrentados, no cuadran. Son desproporcionados. «El caso ya no es cosa tuya. Mejor para ti».

En cuanto a Jean Garnier, la cosa cambia, debe de estar pasando un mal rato. Camille deja de dibujar; lo que cree saber sobre técnicas de interrogatorio le hace estremecerse. Nadie habla nunca del tema, pero puede adivinarse que a un tipo que amenaza con hacer estallar una serie de bombas en pleno París le van a ofrecer el lote completo. Ahogamiento simulado, la técnica de la pared, el chorro de agua, confinamiento en espacio exiguo, *rock* duro sin parar a todo volumen... ¿Sería cierto todo eso?

Pensar en otra cosa, localizar otros puntos de vista. Es uno de sus métodos. Una investigación no es más que una forma de arrojar luz sobre la realidad, así que Camille intenta ver las cosas desde el otro extremo. Reproduce, de memoria, una fotografía que ha visto en el expediente de Rosie Garnier, la de la chica atropellada, Carole. Reproduce su melena, que

forma un drapeado casi perfecto, de una extraña crueldad, debido al charco de sangre que brilla bajo el pelo claro. Es pelo de niña. El rubio, en las jóvenes muertas, es lo peor de todo. Y ahí, en el papel, vuelve a ver su nuca, desgarradora.

Por fin la fatiga le vence, completamente vestido, con Doudouche acurrucada en su vientre.

Cuando suena el teléfono, hacia las cuatro de la madrugada, comprende por qué no ha ido a ver a Anne, por qué no se ha acostado.

Su intuición no le ha fallado.

Doudouche se niega a moverse, Camille la empuja con suavidad hacia un lado y ella ronronea. Siente el agotamiento hasta en los huesos, pero se pone en pie y descuelga con una mano. Con la otra, empieza a desvestirse, a desabrocharse la camisa, va a tener que ducharse rápido.

Al otro lado del teléfono, el juez. Camille estaba seguro. Tendrá que salir. Jean Garnier no quiere hablar con los de la Brigada Antiterrorista. Normal. Quiere a Verhoeven y a nadie más. La pregunta que se hace Camille es: ¿por qué se lo conceden?

—Porque es urgente —dice el juez—. Garnier asegura que la próxima bomba está programada para las tres de la tarde, quedan menos de doce horas.

En cuanto cuelga, Camille despierta a Louis, el indispensable Louis que también tiene que vestirse y salir inmediatamente.

—Pero —dice Louis— una bomba dentro de doce horas ¡no tiene nada de nuevo! Garnier nos lo había advertido, una bomba diaria, ¿no?

—Sí —dice Camille—. Ignoro cómo habrán procedido nuestros simpáticos compañeros de la Antiterrorista, y prefiero seguir ignorándolo, pero Garnier ha empezado a confesar, tras lo cual se ha cerrado en banda. Solo quiere hablar conmigo, dice que eso no es negociable.

—¿Ha dicho dónde está la próxima bomba?

—Sí, por eso nos han llamado. Garnier dice que la ha puesto en un colegio.

Segundo día

04:55 h

Sentado, con los brazos cruzados, la barbilla recta..., Pelletier, el comandante de la Antiterrorista, se toma su relevo como una afrenta. Cuando entra Camille se levanta, y da la impresión de ponerse de puntillas para mirarlo de arriba abajo desde más altura todavía. Camille se conoce estas estratagemas desde hace cincuenta años, pero hace falta algo más para impresionarlo, y está demasiado cansado para pelear. Sin contar con que eso de la guerra entre cuerpos policiales, en su opinión, es un viejo tópico. A pesar de todo, mira a Pelletier fijamente a los ojos. Desde abajo, claro. La Brigada Antiterrorista no es un cuerpo, es una misión; más que policías, somos expertos. Si nosotros no obtenemos resultados, nadie los obtendrá. Esos son algunos de los mensajes que exclama la mirada de Pelletier.

Camille lo comprende a la perfección. Él mismo ha sido relevado o amenazado de relevo varias veces...

Pero no pueden quedarse así mucho tiempo, porque también está el otro. Es un hombre importante, así que lo vamos a poner con mayúscula: el Otro. Mientras Pelletier destila enfado, el Otro emana seguridad en sí mismo y aire de gabinete ministerial; a las cinco de la mañana está fresco como una rosa, insolentemente joven, con un puesto de responsabilidad a los treinta y todo lo que eso conlleva en cuanto a familia, talento, voluntad, trabajo, ambición y suerte. Una mezcla que es como un directo al estómago, algo que deja boquiabierto. Su corte de pelo, su traje, sus zapatos, su manera de estar, su reloj, hasta la forma en que se aclara la garganta; impecable de pies a cabeza. Camille cierra los ojos y estrecha su mano seca. El comandante Pelletier, con toda su cólera y su frustración, al menos parece un ser normal...

Camille está sumergido en esas reflexiones cuando Louis hace su entrada en el despacho.

El decorado cambia por completo, el ambiente da un giro radical, la bomba de Jean Garnier debió de producir un efecto parecido. Pelletier no se inmuta, pero el Otro, en una fracción de segundo, palidece, y se hace más y

más pequeño por momentos; si continúa, llegará a la altura de Camille. Balbucea unas palabras acercándose a Louis y los dos hombres se abrazan brevemente. Louis sonríe tranquilo y le señala mientras se dirige a Camille:

—Estuvimos juntos en la ENA —explica.

Camille se enterará más tarde de que Louis era el primero de la clase mientras el Otro penaba al final del pelotón; por mucho éxito que uno tenga, ese tipo de complejos es indeleble. Louis le hace un gesto con la cabeza. Es tu turno, te escuchamos.

En resumen, la Antiterrorista ha hecho lo que ha podido, bla bla bla (ni una sola mirada hacia Pelletier, no hay cuartel para los perdedores), pero hay que ser «realistas», el ministro en persona, bla bla bla, la estrategia, período delicado para el gobierno, bla bla bla... Camille se harta rápido y ni siquiera espera el final.

—Muy bien —murmura.

Después, sin avisar, se da la vuelta, abandona la estancia, recorre un pasillo y abre una puerta... Tras un segundo de sorpresa, todo el mundo le sigue precipitadamente, para después empotrarse a su espalda y quedarse fijos en el umbral, porque la visión de Jean Garnier no es agradable.

No hay duda, le han visitado los especialistas en interrogatorios.

Camille busca una palabra: ¿destrozado?, ¿atropellado?, ¿extenuado?, ¿reventado? Todo eso a la vez, además de hecho polvo. Sus hematomas están volviéndose violáceos, solo se le ve la cara, tumefacta, pero se intuye que le duele todo el cuerpo.

Camille observa a Jean y confirma que hay algo que no cuadra.

Pero ¿qué?

Imposible describirlo.

Quizás su ligera sonrisa. Es comprensible: ha ganado, quería a Verhoeven y tiene a Verhoeven, a costa del cabreo de los expertos. Pero, a pesar de todo, que sonría... en el estado en que se encuentra...

Camille cierra la puerta tras él, avanza y planta las dos manos sobre la mesa.

—No vamos a andarnos por las ramas, mi querido Jean —dice—. Tienes algo que revelar, es lo que has afirmado para conseguir que yo venga. Aquí estoy, te escucho. Dispones de siete segundos, un segundo por obús. Después

me voy, te dejo con mis compañeros y me vuelvo a dormir. Uno, dos, tres...

Cuenta deprisa.

—Cuatro, cinco...

Se incorpora.

—Seis...

Da un paso atrás, dispuesto a marcharse.

—La bomba del colegio... —dice Jean.

Su voz no manifiesta ningún síntoma del agotamiento que se lee en todo su cuerpo.

—Explotará esta mañana. A las nueve.

El cerebro de Camille pasa revista a todo lo que habrá que hacer en menos de cuatro horas.

—Bueno, eso ya nos lo has dicho, no es una primicia. Yo quiero cosas nuevas, originales, si no, te devuelvo al comando de la muerte y...

Jean le corta.

—He colocado la bomba en una escuela infantil.

Camille se agarra a la mesa. Todo le da vueltas.

—¿Dónde, hijo de puta? ¿En qué escuela?

Jean muestra las palmas de las manos. Nada más que añadir.

Camille, alarmado, piensa en la edad de los niños de infantil, ¿dos años, tres, cuatro? Él no tiene hijos. Una escuela infantil... Qué locura. ¡En París hay por lo menos trescientas! Le entran náuseas cuando trata de imaginar a las víctimas. ¿Cómo puede hacerse algo así? Jean mira fijamente al suelo. Queda claro que lo único importante para él es su madre, sus demandas. El mundo entero puede volar por los aires, la muerte de cien niños no le parece nada en comparación con un billete para Australia... Camille siente deseos de acabar con él. También podría intentar convencerlo, pero es imposible. Terco y cerrado. Durante los interrogatorios anteriores ha tratado de impresionarle, de jugar la carta del miedo, de la piedad, la compasión, la complicidad, para después dejarlo en manos de los más duros. Nada ha funcionado.

—Ya sabe qué quiero —repite Jean—. Está en sus manos. Tengo la impresión de que no lo comprende, no sé qué más necesita...

Mueve la cabeza de un lado a otro, como desolado.

—Mientras tanto —prosigue—, si quiere algo de mí deberá dejarme

dormir un poco.

Las esposas son demasiado cortas para que pueda apoyar la cabeza en los antebrazos, así que se inclina, pega la mejilla a la mesa y cierra los ojos.

Al instante, su respiración se hace más lenta.

Se ha quedado dormido.

05:25 h

Han arrancado de la cama a los funcionarios, a los peritos, a los ingenieros, les han mandado coches y motoristas para que les abran paso. Se han puesto a funcionar los despachos y los equipos informáticos, y se analizan ya todos los datos disponibles. Por muy de prisa que se actúe, todo necesita tiempo, un tiempo precioso.

Durante los seis últimos meses, casi todas las escuelas infantiles de la capital han sufrido obras, los servicios técnicos lo justifican porque deben aprovechar las vacaciones escolares para llevarlas a cabo. También hay que tener en cuenta todas las obras cercanas a los centros, en las calles limítrofes, aparcamientos, etcétera. Lo más difícil es juzgar su importancia, los trabajos deben haber durado varios días y haber provocado en el suelo una abertura suficiente como para que Garnier haya podido introducir un obús. En una han renovado el sistema eléctrico, en otra han reformado los baños. Se consultan planos y se interroga a los peritos, que se preguntan febrilmente: ¿es posible o no colocar aquí una bomba? La presión es infernal. Uno de ellos sufre una crisis nerviosa.

—¡No pueden pedirme eso!

Tal responsabilidad le abruma, le hunde. Lo envían a su casa y hacen venir a su ayudante. Son unos quince, que representan todo tipo de oficios: red viaria, fontanería, canalización, techado... ¿Una bomba? ¿Es posible o no?

Por el momento no encuentran ningún colegio en el que se hayan abierto zanjas en los últimos ocho meses.

Aunque si se tienen en cuenta todas las posibilidades para esconder un

obús, las alcantarillas, los sótanos, los aparcamientos..., esa bomba se convierte en una aguja en un pajar.

—Jean, no encontramos tu escuela... —dice Camille.

Jean mira el reloj de la pared.

—Es cuestión de tiempo. La encontrarán, se lo aseguro.

No se equivoca.

Porque un cuarto de hora más tarde, al otro lado de París, en una comisaría de barrio, un tipo descuelga el teléfono y golpea su puño con rabia contra la mesa, hasta que por fin encuentra a alguien al otro lado de la línea:

—¡Ya está! ¡La tenemos!

En cuanto recibe la información, Camille corre a la sala de interrogatorios, abre la puerta de par en par y se lanza sobre Jean Garnier, agarrándolo del hombro. Aterrado, Garnier intenta protegerse la cara, pero sus manos siguen atadas a la mesa metálica.

—¿La escuela Charles-Frécourt? —grita Camille—. ¿Es esa, Jean? ¿En el distrito XIV?

Los peritos continúan peinando los archivos, pero no han encontrado más que esta, situada en la rue Jardin-Beaulieu. Todo cuadra. Una repentina grieta en el suelo a un lado del patio, tres meses atrás, la directora alarmada llama al ayuntamiento, que llama a sus peritos, que a su vez llaman a una empresa. Los padres se inquietan al ver el asfalto del patio hundido como si hubiese caído un meteorito. Ponen unas vallas, descubren una fuga en una tubería que ha deteriorado y minado el subsuelo, y cuatro días más tarde se aprovecha el fin de semana para abrir el patio y excavar una zanja. De hecho, se necesitará casi una semana para reparar el socavón, y los chiquillos se pasan los recreos subidos a las vallas, a veinte metros de los obreros, contemplando el espectáculo.

Jean Garnier no responde, mira a los ojos de Camille y luego al suelo.

05:40 h

No hay tiempo para andarse con miramientos esta vez. Ya se las arreglarán

más tarde con los vecinos y los periodistas. Lo más urgente es intervenir, encontrar esa bomba y desactivarla, presentarse en el colegio lo antes posible. La policía acordona toda la zona de la rue Jardin-Beaulieu, los bomberos llegan inmediatamente después, y, tras ellos, los obreros. Los artificieros de Protección Civil inspeccionan el patio.

Basin despliega los planos del colegio en el suelo, da órdenes mientras habla por teléfono con Camille.

No lo tiene tan claro.

Para Camille, esa duda es como un puñetazo.

—¿Qué quieres decir? —pregunta.

06:20 h

—Los obreros han levantado el patio —explica Camille al juez de instrucción —, pero ya se sabía que era imposible. La zanja era demasiado estrecha para que Garnier bajase a introducir, sin ser visto, un obús de ese tamaño.

De hecho, Jean lo ha confirmado.

—No me ha dejado tiempo... Se lo habría dicho.

A veces siente verdaderas ganas de matarle.

Y ahora el juez exige un cara a cara con la madre, Camille no tiene razones para llevarle la contraria.

Rosie está más tensa aún que la primera vez. Delgada y marchita. Su rostro expresa una angustia total. Camille observa a la mujer durante un instante y se plantea, por enésima vez, las mismas preguntas. ¿Qué relación hay entre la muerte de la amiga de Jean y la amenaza de esta ola de explosiones?

¿Qué secreto se esconde entre la madre y el hijo?

La única forma de saberlo es confrontarlos. Sin embargo, a menos de tres horas de la explosión, Camille sigue sin tenerlo claro. Tiene la impresión de estar al borde de un pozo al que deberá lanzarse. Accede, pero muy a su pesar.

—¡Su hijo amenaza con volar una escuela infantil, señora Garnier!

¿Entiende lo que le estoy diciendo?

Se lo explica. Aunque Jean diga dónde se encuentra la bomba, ya no tendrán tiempo para desactivarla.

Silencio.

—Pero todavía es posible evacuar la zona, ¿comprende? Si no, esa bomba va a explotar con un montón de niños dentro...

Rosie asiente con la cabeza, lo entiende.

—Debemos saber dónde está ese colegio, ¡y pronto!

Está a punto de llorar, se aguanta, contiene la respiración. Se detienen ante una puerta cerrada.

—¿Está ahí?

Camille abre. En cuanto ve a su madre, Jean baja la cabeza. Los agentes que lo custodian retroceden. Camille agarra a Rosie por el codo y la lleva hasta la silla, donde se deja caer. Al otro lado del falso espejo y frente a las pantallas que transmiten las imágenes de la escena, treinta personas están sin aliento.

Rosie mira fijamente a su hijo. Él clava la vista en la pared, justo encima de ella. Primero Rosie alarga los brazos con lentitud, sus manos se deslizan por la mesa, buscando las de Jean, esposadas; dos pequeños seres blancos e inanimados que avanzan, reptan sobre el fino acero y se detienen cuando Rosie, ya del todo estirada, no puede ir más lejos. Con la mejilla pegada a la mesa y los brazos extendidos, la distancia que separa sus manos es de apenas unos veinte centímetros. La situación se vuelve insoportable, sin duda también por culpa del silencio y del tiempo que corre.

Rosie llora, solo se la oye a ella.

Jean sigue blanco como la cera, de una palidez extrema, no se ha movido ni un milímetro, no mira a su madre, parece un sujeto lobotomizado, salvo por ese temblor similar al de ciertos perros, de los que no se sabe si es su estado normal o una enfermedad. En el caso de Jean, el estremecimiento de todo su cuerpo impresiona como si estuviera en trance, Camille no ve más que dos lágrimas esféricas, gruesas, que se deslizan sobre sus mejillas, únicos testigos de una emoción intensa, que parece terriblemente solitaria.

Rosie recostada sobre la mesa, Jean tieso y erguido, la escena podría durar horas, días.

Camille tiene ganas de mirar el reloj, pero no consigue quitarse de encima la sensación de que allí pasa algo anormal.

Porque la cara de Rosie no demuestra infelicidad. Cierra los ojos, pero no como una mujer agotada. ¿Es por ver al fin a Jean? ¿Es por encontrarse inmersa junto a él en esta historia sin salida? Camille escruta ese rostro en el que, extrañamente, cree vislumbrar la niña que fue.

Y de pronto lo comprende.

Esa sonrisa no es de pena, ni de angustia, ni siquiera de alivio; es una sonrisa de triunfo.

De hecho, Rosie levanta la cabeza, sin dejar de estirar los brazos, sin siquiera intentar secarse las lágrimas, mira fijamente a su hijo, cuyos ojos siguen clavados por encima de ella, y le dice con dulzura:

—Sabía que no me abandonarías.

Su voz es baja, muy densa.

—Estoy segura de que lo conseguirás...

En cuanto comprende que ese cara a cara se ha convertido en una trampa, Camille se precipita. Rosie levanta la voz:

—¡Sabes que te quiero!

Camille ya se ha echado encima de ella y la sujeta por los hombros, pero ella se agarra a la mesa. Grita:

—¡Solo te tengo a ti, Jean, no me abandones!

Camille tira de ella con todas sus fuerzas, pero lo que le hiela la sangre es la risa de Rosie Garnier, una risa de loca, delirante, sobreexcitada.

—¡Sabía que vendrías a buscarme, Jean! ¡Lo sabía!

El pánico es general.

Louis es el primero en salir de la sala de observación. Abre de golpe la puerta de la sala de interrogatorios seguido de tres compañeros. Entre todos agarran a Rosie, ella grita («¡Jean! ¡No me dejes!»), la arrancan de la mesa, se aferra al respaldo de la silla («¡No me abandones!»). Es imposible sacarla, los sollozos le cortan la respiración («¡No podrán con nosotros, Jean!»), y como sigue sin querer soltar la silla, la arrastran por el suelo, hacia la puerta, mientras ella se engancha al quicio. Hay que separarle los dedos, uno por uno, al tiempo que los gritos se hacen más fuertes, un espectáculo vergonzoso.

Y Jean sigue mirando al frente.

No ha esbozado un solo gesto, es imposible saber qué pasa por su cabeza.

07:00 h

Farida es una mujer simpática pero desordenada. Todos la adoran, aunque hay que ver... Empieza por aquí, continúa por allá, deja el trabajo a medias, nunca se sabe qué está haciendo. Normalmente comienza a las siete, y en ese sentido no se le puede reprochar nada, pero en vez de ocuparse primero de las clases, como le han pedido cien veces, va a sacarle brillo a la cafetera, quita el polvo en el despacho de la directora, friega el suelo de la sala de profesoras, el pasillo, limpia después los cristales, pasa de una tarea a la otra en una sucesión que nadie consigue comprender. Así que, cuando llega todo el mundo, da un respingo y empieza a correr en todas direcciones. Es incorregible, todos los días la historia se repite. Le han echado infinidad de sermones, pero no tiene remedio, es un problema de estructura mental, Farida es así. La señora Garrivier, la directora, ya no puede más. La semana pasada le comunicó que había pedido al ayuntamiento que la sustituyesen. Farida no le guarda rencor, dice que entiende que la trasladen al polideportivo, un lugar que detesta, no le gusta ese ambiente, el olor a linimento de eucalipto, a alcanfor, las duchas alicatadas... Todavía no lo sabe pero, aunque la directora no lo hubiese pedido, a Farida la habrían enviado al polideportivo de todas formas, ya que dentro de pocas horas no habrá nada que limpiar porque ya no habrá escuela. Volatilizada. Resulta bastante patético ver a Farida sacar brillo a las mesitas, a la fuentecilla en la que los chiquillos se lavan las manos, a los aseos que parecen hechos para los siete enanitos, cuando uno sabe que todo eso va a quedar reducido a cenizas.

El obús de 140 milímetros está colocado a menos de un metro por debajo del pasillo que lleva a las clases. Es un sótano que nunca usa nadie porque no puede guardarse nada en él; el techo es demasiado bajo, pero sobre todo se inunda con facilidad. Han probado distintas medidas, no hay nada que hacer. Siempre terminan apareciendo entre diez y treinta centímetros de agua. Hace

unos diez años, cuando Jean estudiaba un módulo de electricidad, realizó unas prácticas en una empresa que estaba haciendo obras en esa escuela, y descendió varias veces al sótano. Posteriormente la empresa cerró sus puertas y Jean no consiguió aprobar la formación; cambió de especialidad y eligió la electromecánica, aunque no olvidó aquella escuela. A causa del agua tuvo que instalar el obús sobre unas piedras y maderos que llevaban lustros allí, sumergidos. De hecho es una ventaja, dado que el obús se encuentra así casi a la altura del pasillo, y la explosión no encontrará resistencia alguna. Los niños entran a las ocho y cuarto, a la directora Garrivier le gusta la puntualidad. La bomba está programada para las nueve.

07:15 h

Habría que organizar una evacuación general, parece imposible hacer otra cosa. En la intimidad del despacho presidencial (asisten a la reunión tres ministros, un jefe de Estado Mayor, altos responsables de Protección Civil, de la policía, etcétera) se han propuesto, a media voz, algunas soluciones espantosas para arrancarle la verdad a Jean Garnier.

Como es habitual, han salido a colación los psicotrópicos, el suero de la verdad y todos esos inventos de ficción que, como en anteriores ocasiones, han sido descartados por los profesionales: los sujetos reaccionan de forma aleatoria, mezclando hechos reales e imaginarios hasta el punto de que verificar sus declaraciones llevaría casi tanto tiempo como esperar a que explotasen todas la bombas.

Antes de terminar la exposición de sus teorías, el presidente les ha interrumpido con un gesto de la mano, es un hombre pragmático. No rechaza las medidas más drásticas, pero es demasiado tarde.

—Su mayor baza, señor presidente, es el tiempo —le dicen—. Nos amenaza con una bomba diaria y se entrega tras la explosión de la primera. Está bien calculado. Con esos plazos, hemos hecho lo que hemos podido a todos los niveles, pero...

El presidente no le deja terminar.

—Claro, claro...

Nadie sabe qué piensa realmente, pero pronto se sabrá, porque este asunto va a hacer daño. No solo en los colegios, tiendas y demás lugares donde Garnier ha enterrado obuses, también en las altas esferas. Sería raro que un asunto de tal magnitud no provocase víctimas colaterales en la administración.

Pero no hemos llegado a ese extremo todavía.

El presidente vuelve a leer el informe del ministro del Interior. Lo más insoportable es constatar hasta qué punto tienen las manos atadas.

Bien, el informe... El presidente asiente con la cabeza, plan ORSEC, sí, evidentemente con todas las precauciones...

Hay que tomar una decisión.

A las 7.16 horas el presidente da la orden de preparar la evacuación de todas las escuelas de educación infantil de París.

Todas.

Trescientas cuarenta y nueve. Cuarenta y cinco mil niños pequeños.

La maquinaria se pone en marcha de inmediato: se redactan las líneas maestras y comienza el ruido de pasos por los pasillos. El alboroto es general, los teléfonos suenan sin cesar de unos despachos a otros. Hay que organizar la llegada, acordonar los alrededores de los colegios, requisar vehículos, localizar y trasladar al personal, varios centenares, porque no se trata solo de impedir la entrada en las guarderías, hacen falta recursos para reagrupar a los niños, transportarlos a los polideportivos y centros municipales, hacer provisión de alimentos y desplegar hospitales de campaña. La tarea es colosal. ¡En dos horas! Es prácticamente imposible, pero en pocos minutos el presidente no tendrá más que dar la orden y todas las administraciones implicadas se pondrán en marcha a toda velocidad. Y son capaces de conseguirlo.

Antes, hay algo más urgente que la evacuación: la comunicación. Esa mañana los parisinos se van a despertar casi en estado de guerra; camiones de bomberos y de ayuda militar recorrerán la capital de cabo a rabo y habrá que decirles que una amenaza de bomba se cierne sobre sus hijos... Se pueden imaginar las consecuencias: la oposición exigiendo explicaciones y pidiendo a gritos una comparecencia en el Parlamento. ¿Cómo? ¿Una sola persona

pone en jaque a todo el país? ¿Es una broma? Al presidente, cuando todavía estaba en la oposición, le hubiese encantado esta situación: ¡un gobierno incapaz de garantizar la seguridad de nuestros hijos! ¡Y que cede ante la amenaza de un terrorista aislado! ¡Una derrota a campo abierto! «¡En este gobierno, la cobardía solo es superada por la incompetencia!». Le encantaban ese tipo de frases cuando podía pronunciarlas.

Pero ahora es distinto, el presidente es él.

Consulta a sus asesores de comunicación, escucha a sus ministros y reflexiona sobre su posición personal. Decide. El primero en hablar será el primer ministro, él se reserva para después, vamos a...

Y, de golpe, todo se detiene.

A la mierda el plan ORSEC, a la mierda el gabinete de crisis y las reacciones políticas. Todo anulado porque Camille Verhoeven acaba de llamar, su mensaje ha llegado hasta el Elíseo a la velocidad de la luz.

Hace exactamente cuatro minutos, Garnier ha hablado, un Garnier agotado, pálido, casi sin voz, apenas un hilo, había que inclinarse hacia él para comprender lo que quería decir. Ya estaba tocado, y el encuentro con su madre le ha destrozado de manera definitiva.

—La segunda bomba...

Camille está sobre él, no comprende nada y eso le pone malo, como un torturador que no entiende lo que le dice la persona a la que está martirizando. En ese instante, su móvil vibra en el bolsillo. Camille exclama: «¡Joder!», y se contorsiona para permanecer en la misma posición mientras intenta sacar el teléfono, es un mensaje de Anne: «He pasado la noche sola..., qué triste». No puede existir nada tan fuera de lugar.

—¿Eh? ¿Cómo? —pregunta Camille, que ha oído un «voy a...».

Garnier le susurra al oído:

—... voy a ser simpático.

Camille retrocede, sorprendido.

—¿Tú, simpático? No es precisamente esa palabra la que me viene a la mente...

Jean se balancea sobre la silla, dispuesto a caerse, Camille se inclina de nuevo.

—No la busquen —murmura Garnier—. La escuela...

Por fin alguna novedad, Camille se guarda el móvil sin responder. La anécdota cede ante la violencia de las circunstancias, y Camille siente un profundo alivio, hasta en sus dedos.

—¿Qué pasa, Jean? No hay ninguna bomba, ¿verdad?

Le habla mientras le sostiene la nuca con la mano.

—En una escuela, sí... —dice Jean—, pero no en París.

Todo se anula de inmediato; el plan ORSEC, las evacuaciones... Hay que reconsiderar la situación.

La bomba está en una escuela infantil de provincias.

Qué desastre.

—Hay dieciséis mil escuelas infantiles en Francia —dice el ministro del Interior—. Sería necesario evacuar a dos millones de críos. Es completamente imposible.

Por muchas vueltas que le den al problema, salvo que se quiera provocar el pánico general, es inviable decirle a todos los directores de educación infantil del país: «Un loco ha puesto una bomba en una escuela, quizás sea la suya, y somos incapaces de detenerlo, así que deben salir todos del colegio y alejarse lo más rápidamente que puedan».

También el ministro del Interior es un hombre pragmático.

—Los padres, los abuelos, los familiares; suman unos tres millones de adultos a tener en cuenta.

Y, aparte de los padres de los alumnos, la alarma se extendería a toda la población, porque habría que explicar a la prensa que esto es solo el principio, que está previsto que exploten cinco bombas más después de la que son incapaces de localizar.

Sería inútil lanzar una campaña de inspección en cada colegio, habría que rastrear el país entero y eso llevaría meses.

Sin contar con que nadie puede saber si Garnier dice la verdad o es todo un farol.

Solo queda una cosa por hacer, esperar a las nueve.

Como para volverse locos.

Policía, políticos, expertos, todo el mundo se sienta, todos meditan sobre la capacidad de las democracias modernas para resistir las agresiones.

Basin le dice a Camille:

—Pensamos que el terrorismo es algo muy sofisticado pero, de hecho, no lo es.

08:15 h

Lucas, Théo, Khalidja, Chloé, Océane y los demás se dan la mano y corren hasta el final del patio. Han hecho falta semanas, no, meses, para obtener la autorización del ayuntamiento, pero la directora Garrivier es testaruda. Soñaba con un pequeño huerto, y ha tenido que rogar, argumentar, explicar... ¡Dios, por un montón de tierra y algunas piedras! Pero por fin lo ha conseguido. Lleva unos meses ya en marcha. Los niños han sembrado tomates, judías, flores..., les encanta esa actividad. A la directora Garrivier también, su padre era agricultor.

Los niños tienen cuatro años. De media. Porque Maxime, por ejemplo, tiene tres años y Sarah, en cambio, casi cinco.

La escuela cuenta con seis clases.

Ciento treinta y cuatro alumnos en total. Pero la clase de la directora Garrivier (veintidós alumnos) es la más afectada por ser la más cercana al lugar en el que Jean ha colocado la bomba. Eso no quiere decir que las demás no vayan a verse perjudicadas, por supuesto, pero los daños serán en primer lugar aquí.

De hecho se puede prever que la clase se evaporará, literalmente. Será cosa de un segundo o dos. La explosión atravesará el techo como si hubiesen lanzado una bala de cañón sin encontrar resistencia, porque los muros maestros caerán por la fuerza de la onda expansiva; una parte entera del tejado volará como un gran pájaro negro, flotará durante un instante sobre el patio e irá a estrellarse contra el huerto.

Se declarará un incendio y todo el centro quedará reducido a cenizas en menos de una hora.

Jean ha elegido programar su bomba a las nueve. Desde su punto de vista, es una elección bastante sabia; a esa hora todos los niños están en las clases, salvo los de Garrivier, que estarán en el huerto.

08:30 h

Camille mira a Jean. Duda entre el rencor, la ira o la brutalidad, pero nada le sirve.

El joven está agotado. No le han dejado un solo minuto de descanso, y sin embargo no dirá nada, resistirá, Camille lo sabe, ya ha aguantado a los especialistas, ha hecho lo esencial. Ni siquiera el psicólogo de guardia ha podido extraer de él más que las banalidades de costumbre. Camille ha hojeado rápidamente el perfil de Jean Garnier establecido por el experto, que le ha visto durante una hora y ante el que Jean no ha pronunciado una sola sílaba, así que no tiene más que la lectura del informe y los escasos resultados de los interrogatorios: personalidad ansiosa, introvertida, dotada de un sólido control emocional... «Menudo avance», piensa Camille.

Frente a su madre, Jean estaba tenso como un arco.

Frente a Verhoeven está relajado. Incluso su mirada es más tranquila... Qué locura. Está expuesto a un ambiente extremadamente duro, cualquiera se habría rendido ya, pero si se evalúa su estado en función de las circunstancias en las que se encuentra, no es tan malo.

—Hay algo que me sorprende —dice Camille—. He visto en tu dossier que hace un tiempo trabajaste cuidando niños en tu barrio. Hemos hablado con los testigos. El canguro perfecto... Los padres contentísimos. Todos.

Jean levanta una ceja circunspecta.

—Pues sí. —Prosigue Camille—. No tienes el perfil de un tipo que pone bombas en parvularios.

Una sombra recorre el rostro de Jean.

—¿Eres un asesino de niños, Jean?

Jean traga saliva.

—Ya lo verá...

08:53 h

La espera dura menos de una hora. Nadie se queda con los brazos cruzados, la actividad es intensa, como en esos equipos perdedores que no se rinden y pelean hasta el silbato final. Sigue analizándose la vida de Jean Garnier, pero sobre todo se busca ese colegio en el que podría haber colocado el obús. El obstáculo principal es que los ayuntamientos no acostumbran a informar a nadie cada vez que realizan obras en centros que son de su competencia. No existe ningún registro centralizado sobre la materia, así que se hace lo que se puede, llamar por teléfono a las ciudades grandes y, en las otras, enviar correos electrónicos y faxes que seguramente pasarán desapercibidos, porque no es posible añadir: respondan pronto, quizás haya una bomba en la escuela infantil de al lado... Nada mejor para que cunda el pánico. Así pues, para los destinatarios, es bastante difícil ver la urgencia de responder al ministerio sobre los trabajos realizados, ya sea hace un mes o tres, así que lo dejan para la semana que viene.

Y el tiempo pasa.

En las inmensas salas de los ministerios, en los despachos con vistas a los jardines, bajo el brillo de la decoración republicana, todos contienen la respiración. Se han contemplado la mayoría de los escenarios, pero, sea uno policía o presidente, ministro o director de una administración central, a pocos minutos del plazo, imaginar que una bomba va a hacer saltar por los aires a un centenar de críos te encoge el corazón.

A la hora prevista para la explosión reina en los despachos un inquietante silencio; los soldados sienten esa misma impresión en el momento de cargar, las ganas de acabar por fin con todo, aunque suponga la muerte. Pero dan las nueve y nada, después las nueve y cuarto y nada. Jean sigue atado a la mesa.

Camille se encuentra en su despacho, leyendo y releiendo febrilmente páginas enteras del informe, las notas de Louis, garabateando sobre todo lo que se pone a su alcance.

09:21 h

Empieza a surgir un murmullo en las oficinas, nadie se atreve a sentirse

aliviado pero el tiempo continúa pasando. Camille sigue inmerso en el expediente. Por fin dan las nueve y media, el gabinete del ministro ha sido informado, el prefecto ha llamado dos veces, el juez da vueltas y vueltas, como un padre primerizo el día del parto. Al final se rinden a la evidencia, aliviados, como un día de armisticio.

Jean suda.

Sus ojos, antes fijos, pasan ahora de la mesa a la puerta. Algo va mal.

Camille entra y le sonríe.

—Y bien, mi querido Jean, ese fin del mundo ¿va a ser hoy o mañana?

Las gotas de sudor se deslizan sobre los párpados de Jean, que intenta secarse nervioso. Lo único que dice es:

—No comprendo...

Parece desamparado pero, para Camille, que le observa, es difícil describir lo que se percibe en él. Una mezcla curiosa de confusión y distancia.

La bomba no ha explotado. Eso no quiere decir que no haya otras, pero en lo referente a esta, se acabó, todo el mundo opina lo mismo.

Basin piensa que puede ser un obús fuera de servicio.

Ya están buscando el siguiente.

El interrogatorio vuelve a empezar, comienza de nuevo la cuenta atrás, hay otras veinticuatro horas por delante.

Eso si hay otra bomba.

¿Chantaje o peligro extremo? Es la gran pregunta.

—Y también la trampa. —Reflexiona Camille—. Vamos detrás de unas bombas que sabemos con una alta probabilidad que no explotarán...

Tiene razón. Resulta paradójico, pero el chantaje de Jean se ha vuelto aún más eficaz por esa incertidumbre; se duda entre correr de un lado a otro para localizar unas bombas de las que hay una posibilidad entre mil de encontrar, o no hacer nada, esperar y abandonarse a la angustia de que una de ellas estalle, provocando decenas de muertos sin que se haya movido un solo dedo.

Hay dos facciones.

La de los que piensan que Jean Garnier solo ha puesto una bomba para dar credibilidad a su farol, y que por lo tanto no hay nada más que temer.

Y la de los que no saben nada, dudan, cambian de opinión a cada

momento, y quisieran llegar a algún tipo de certidumbre, pero no lo consiguen.

Entre esos dos bandos, o más bien al lado, están Camille y Louis.

10:00 h

Marcel, el guarda, abre la verja de los jardines Dupeyroux. Siempre mira el reloj en ese instante. Como una revancha invisible contra su destino de funcionario municipal, obtiene una inconfesable satisfacción al abrir todos los días con uno o dos minutos de retraso. La verja del parque ha sido forzada y le resulta imposible conseguir que los servicios técnicos vengan a arreglarla; Marcel ha redactado reclamaciones y denuncias, pero no hay nada que hacer. Así que, a la hora del cierre, se contenta con tirar de la verja y mantenerla sujeta con un trozo de cartón. Nadie se ha dado cuenta hasta hora. Aunque mejor sería repararla, porque si los traficantes lo advierten y, de noche, invaden el parque, los vecinos se manifestarán y la junta municipal tendrá que mover el culo, eso seguro.

En lo que tarda Marcel en dar su primera vuelta de reconocimiento, ya hay gente sentada en los bancos.

Echa un vistazo a un seto. Lleva semanas dándose cuenta de que alguien se introduce en él, porque hay un hueco. Entra a mirar, pero nada, no hay jeringuillas. Es lo que más teme, las jeringuillas, por los niños. No hay más que la trampilla de hierro que cierra la entrada del cuarto de comunicaciones. Antes solía inspeccionarlo cada dos o tres meses, once años seguidos sin encontrar nada, así que se cansó, por no hablar de que, con su artrosis y su dolor de espalda, bajar por ahí agachado..., no, gracias. De todas formas, los obreros municipales entran tres o cuatro veces al año, si hubiese algo que ver lo verían.

Marcel se gira bruscamente. Tiene «un ojo en el cogote», es lo que dice a los niños para que tengan cuidado con él. Aunque no vea que alguien se aventura por el césped, que no se puede pisar, lo presiente. Esta vez es una chiquilla. Marcel desenfunda su silbato a velocidad de vértigo, la pequeña se

queda de piedra.

10:15 h

Camille, sin darse cuenta apenas, se ha mantenido al margen de la movilización general.

Jean Garnier ha vuelto a ser interrogado, Camille no espera nada nuevo.

Se lo dice a Louis:

—El caso Garnier es ante todo el caso Rosie Garnier.

Louis reflexiona una fracción de segundo, está de acuerdo.

Desde primera hora de la mañana continúan desmenuzando todo lo que llega sobre Jean, transcripciones de los interrogatorios, análisis de sus idas y venidas, etcétera, pero pasan la mayor parte del tiempo con el expediente de Rosie, ella es la clave de todo el asunto. No es que sea la instigadora de la estrategia de su hijo (sería incapaz, es demasiado sofisticada para ella), pero a Camille le cuesta considerarla únicamente como la asesina de la joven Carole. Rosie tiene todas las características del asesino impulsivo, que actúa sin pensar. Esa noche cogió el coche, loca de rabia; su cólera debió de aumentar durante las horas en que estuvo al acecho, y cuando vio aparecer a la chica en su motocicleta, no se lo pensó dos veces, la atropelló y huyó. ¡Ni siquiera se le ocurrió esconder el coche fuera de su propio garaje!

Esa es la versión oficial.

Todo el sumario de instrucción emana ese perfume de acto inconsciente. El juez, desbordado por la cantidad de casos que instruir, los policías, satisfechos con la detención de Rosie Garnier..., todo el mundo acepta esa explicación, que de hecho constituye la línea de defensa de su abogada, la letrada Depremont, una mujer de bandera, de esas que te dejan con la boca abierta cuando aparece y que habla con un ligero acento extranjero (¿alemán?, ¿holandés?). Camille ha mirado su mano y se ha fijado en la alianza, ha debido de casarse con un francés. Un rostro perfectamente triangular, con pómulos altos y una mirada de un verde nunca visto... En cuanto se gira hacia uno, se pierde la noción del espacio. Camille la hizo

llamar la noche anterior. A las tres de la mañana allí estaba, brillante como una estrella. La entrevista no duró mucho, no tenía nada que decir; también para ella el asesinato cometido por Rosie Garnier fue un acto casi instintivo, quiere alegar enajenación. Lo que ciertamente es verdad. Pero quizás no suficiente.

«Bien, gracias», le dijo Camille sin siquiera hacerle preguntas.

—No sabe nada —comentó a Louis—. Y si queremos saber más se pondrá en guardia con lo del secreto profesional y toda la pesca. Es una pérdida de tiempo, nada más.

Louis no deja de hacer búsquedas e imprimir decenas de páginas, que Camille hojea de manera incansable.

Como inquilina: Rosie paga escrupulosamente el alquiler, tiene en regla el seguro, y el estado de los pisos en los que ha vivido demuestra su preocupación por el orden y la limpieza.

Datos bancarios: Rosie no gana mucho, aunque consigue ahorrar, poco, pero ahorra.

Archivos de la Seguridad Social: Rosie goza de buena salud, pocas bajas, ninguna medicación.

Informes administrativos: varias peticiones suyas para conseguir una vivienda social han sido siempre rechazadas, pero no pierde la esperanza y sigue rellenando impresos.

Informe municipal: no solicita ningún tipo de subsidio, esa especie de vano orgullo de la gente modesta.

Como empleada: ningún ascenso desde su ingreso en la administración, condenada a estar en lo más bajo del escalafón hasta su retiro, nunca se presenta a oposiciones internas, ninguna petición de traslado, carácter definitivamente sedentario. Sin ambición...

11:00 h

Rosie, como una adolescente a la que han pillado en falta, baja la mirada arrugando los labios. Se diría que se trata tan solo del robo de una camiseta

en unos grandes almacenes y que no ha animado a su hijo a hacer estallar siete bombas en pleno París.

—Y bien, dígame, Rosie, ese «padre desconocido» tiene pinta de entristecer bastante a su Johnny.

Clava sobre Camille su mirada bovina, fija, vidriosa. Abre la boca.

—¡Ah, no! —La interrumpe Camille gritando—. ¡No me venga con gilipolleces! ¡Quizás valgan para Jean, pero esto es la policía, Rosie! ¡Y la policía quiere la verdad! ¿Estamos?

Camille lleva bajo el brazo la lista de objetos que contenía la maleta de cartón hallada en el armario de su cuarto: revistas de los años ochenta, *Podium*, *OK Magazine*, *Top 50*, singles de Peter y Sloane («*Besoin de rien, envie de toi*»), de Marie Myriam («*L'oiseau et l'enfant*»), y una impresionante colección de fotos de Joe Dassin. La que está dedicada a Rosie ha sido pegada a un cartón y enmarcada con pegatinas en forma de corazón a su alrededor.

—No se canse —dice Camille—. Se lo voy a contar yo: tiene usted quince años y está embarazada...

Rosie incurre entonces en el tipo de error que no hay que cometer con un interrogador como Verhoeven:

—Mi padre y él no se llevaban nada bien —dice adoptando una mirada de mujer herida—. Mi padre se opuso a la boda. Él, quiero decir el padre de Jean, insistió. Lo deseaba de verdad, hasta me pidió que nos fuésemos juntos, pero para mí era impensable abandonar a mi padre. Estaba muy solo después de la muerte de mi madre y...

Camille suspira sonriendo.

—Basta de tonterías, Rosie, no se canse.

Está tranquilo, con los brazos cruzados, la cabeza ligeramente inclinada.

—Esa es la historia para Jean. Un bonito drama hecho a medida con todo lo necesario: el padre estricto, la madre muerta, un novio apasionado y, en medio de todo, el niño del pecado. Una historia de novela rosa que no ha tenido que ir muy lejos para encontrar. Yo le voy a decir la verdad: a lo mejor ni siquiera sabe quién fue el tipo con el que se acostó.

Ella enrojece de golpe.

—Venga, vamos a apostar: le contó a Jean que su infeliz papá se había

marchado a Australia, ¿me equivoco?

12:30 h

Se llama René René. Estupideces de los progenitores. Su padre era agente de aduanas, René siempre dice que esa es la razón de que fuera tan idiota. Hoy tiene casi sesenta años y está medicado, pero sigue siendo un hombre avinagrado y rencoroso, como algunos alcohólicos amargados, de los que hablan para el cuello de su camisa.

De hecho, cuando su compañero le llama: «¡René! ¡René, date prisa, joder!», René se contenta con murmurar: «Ya va, ya va, que no se está quemando nada».

Baja despacio la escalinata metálica. Le entregaron los zapatos la semana pasada, el par que la empresa debe proporcionarle, como dice la ley, es obligatorio. René anota escrupulosamente la fecha en que deben entregárselos y, al menor día de retraso, monta un follón terrible. Y lo mismo para el mono de trabajo, obligatorio. También anota esa fecha. Dice que no es «de los que se dejan dar por culo». Pero el par que le han proporcionado le aprieta mucho, tanto que se pregunta si no le habrán dado medio número menos. O sus pies han engordado, lo que le parece difícil de concebir. Lo ha intentado todo, embutirlos toda la noche con papel de periódico mojado, ponérselos sin caminar, sentado ante la tele. Nada que hacer, le hacen un daño espantoso.

Cada escalón de hierro es un calvario y lleva así todo el santo día. Está deseando que le jubilen.

En ese momento René René no tiene fácil alcanzar la jubilación, porque al llegar al suelo del cuarto de comunicaciones se encuentra de frente con su compañero, que mira aterrorizado un obús de 140 milímetros con un despertador digital fijado con cinta adhesiva, cuyas cifras azules parpadean cada segundo.

14:00 h

La intención de Garnier es fácil de descifrar. Ha colocado el obús en un cuarto de comunicaciones situado en el 144 del boulevard Mulhouse. De día es un lugar de paso, no un eje importante. Si explota allí un obús, causará tres muertes a lo sumo, un botín escaso con relación al esfuerzo de guerra.

De noche, por el contrario, hacia las ocho por ejemplo, puede haber entre siete y ocho personas por metro cuadrado, porque en el 144 se levantan unos multicines y la trampilla metálica que cubre el cuarto subterráneo está situada exactamente en el lugar de las colas. Si se tienen en cuenta los daños colaterales (los inmensos ventanales que estallan y proyectan millones de fragmentos de vidrio y barras de aluminio a una velocidad de vértigo, hasta quince metros de distancia y en todas direcciones), se puede llegar a una quincena de muertos, y en cuanto a los heridos, sin exagerar, pueden calcularse más de sesenta.

Cuando llega, Basin se da cuenta de inmediato de que la bomba está seguramente programada para la noche; consulta su reloj, no se alarma y pone en marcha el operativo técnico: acordona el barrio y evacua el perímetro, de un centenar de metros. Como siempre en París, el atasco que se forma llega a proporciones escandalosas.

Después, Protección Civil se pone manos a la obra. Son unos artistas.

Todo sale bien: la evacuación, el despliegue policial, el discurso tranquilizador a la población, la prensa mantenida a una distancia respetable e incluso el comunicado lleno de falsedades de la Prefectura, que, a falta de imaginación (la historia del conducto de gas), se revela convincente.

La palma del éxito se la llevan por supuesto los artificieros, con Basin a la cabeza. No se ha equivocado, el obús estaba programado para las 20.15 horas, dentro de tres días. Según la lógica de Garnier, era el quinto.

—De todas formas, no habría estallado —explica a Camille por teléfono—. El detonador no contenía sustancia explosiva y la ojiva estaba estropeada. Esa es la buena noticia.

Queda la mala. Desde las nueve y media, desde que la bomba de la escuela infantil se ha declarado en huelga, el alivio era general, al dar a entender que la historia de las siete bombas, una al día, no era más que un farol.

Ahora tienen la prueba de que no.

El primer obús explotó en la rue Joseph-Merlin, el segundo no explotó, el quinto ha sido encontrado a tiempo, quedan cuatro.

El próximo en veinticuatro horas.

18:00 h

Camille se ha ido a echar una cabezada; han instalado camas de campaña en una zona del comedor, los agentes agotados acuden a tumbarse para después volver a sus despachos, con los ojos enrojecidos por el sueño y los rasgos marcados por esta vigilia que no acaba de terminar. Camille se ha tendido y se ha dormido de inmediato, pero no ha descansado. Su cerebro ha procesado montones de informaciones procedentes de los dosieres de los Garnier, madre e hijo, de las transcripciones de los interrogatorios, de nombres, imágenes, bombas, y también algo que creía inmerso bajo todo eso, el rostro atontado del chiquillo con su estuche de clarinete vacío, tendido en la rue Joseph-Merlin.

De regreso, da una palmada en el hombro de Louis e intercambian lugares.

Turno para que Louis duerma.

Durante el sueño del comandante Verhoeven, su ayudante ha comparado fechas en dos columnas: a la derecha, Rosie; a la izquierda, Jean. Buscan correspondencias, pero ¿de qué tipo? Ni siquiera ellos lo saben. Camille sobrevuela una página, otra; Louis ha hecho un trabajo en profundidad, como de costumbre, no deja pasar nada y trabaja a una velocidad sorprendente sin que lo parezca.

Página tres. Cuatro. Cinco.

Camille se detiene, retrocede, pasa el dedo por una línea.

Mayo, cinco años atrás. Rosie Garnier está enferma.

La columna de la izquierda indica que en esas fechas Jean está fuera de París, en los Pirineos Atlánticos.

De golpe, Camille se despeja.

Se levanta y busca un informe en el estante, inmerso en la pila de documentos de Louis, pero es incapaz de encontrarlo.

—¿Qué es lo que busca?

Se vuelve. Es Louis. No podía dormirse, prefiere volver al trabajo.

Sin el menor gesto de duda, extrae el informe referente a Alberto Ferreira. Es el pequeño empresario para el que Jean trabajaba en aquella época. El tipo murió después. Buscan la fecha: 24 de agosto. Louis consulta la red, es un martes.

Camille tiene ya entre sus manos la declaración de Marie-Christine Hamrouche, la amiga y compañera de Rosie. «[...] Se quejaba tanto de su hijo. [...] Reñían por cualquier cosa [...]. Cuando habló de marcharse con ella, ¡Rosie resplandecía! Como si fuese a ella a la que habían pedido en matrimonio».

Por fin.

EXTRACTO DEL ACTA DE INSTRUCCIÓN

M.-C. Hamrouche. Siempre la misma historia. Se marchaba y Rosie revivía, luego él volvía y vuelta a las broncas. No acababa nunca.

Agente. ¿Jean Garnier abandonaba a menudo el domicilio de su madre?

M.-C. Hamrouche. No, no a menudo. Tres o cuatro veces. Recuerdo que hace cuatro o cinco años le contrató un empresario que se había instalado en el sur, había propuesto a Jean que fuese a trabajar con él. Porque el chaval trabajaba bien, ¿sabe? En fin, cuando trabajaba... El caso es que Rosie estaba tan feliz que se tomó unas vacaciones. Se le ocurrió así, de golpe, supongo que por lo aliviada que se sentía. Me lo contó esa tarde, ¡se iba al día siguiente! Se marchó a pasar unos días a casa de su tía, en Bretaña.

Agente. Y Jean Garnier ¿cuándo volvió?

M.-C. Hamrouche. ¡Inmediatamente! Bueno, esa vez fue por culpa de la mala suerte, su jefe se mató en una obra. De repente, el traslado al sur se fue al garete, claro.

[...]

El resto da igual.

Camille y Louis se miran.

Si las verificaciones confirman su intuición, tienen un primer hilo del que tirar.

Habrá que comprobar todo, y llevará su tiempo, pero es el primer rayo de sol en un cielo encapotado desde hace dos días.

20:00 h

Cruces de datos, verificaciones, solicitudes complementarias, controles... Camille no ha querido pedir ayuda. Louis no estaba muy de acuerdo, se ha quejado por estar perdiendo un tiempo precioso, pero Camille ha dicho:

—Mientras no esté seguro, ni una palabra. No me importa que me consideren un borde, pero no quiero pasar por gilipollas.

Hay bastante gente detrás del falso espejo. El juez, dos peces gordos de la policía, uno de la Prefectura, el Otro, que acaba de llegar del Ministerio...

Y en la sala de interrogatorios, frente a Jean Garnier, Camille y Louis. Delante del primero, nada; delante del segundo, un informe de algunas páginas de aspecto inofensivo.

—No sé si es tu caso, Jean, pero yo tengo la impresión de que nos conocemos desde hace lustros. De hecho, solo llevas aquí veinticuatro horas, ¡pero han pasado tantas cosas!

Jean, libre de esposas, se frota lentamente las muñecas, que están muy enrojecidas. Lleva horas sentado y debe de tener unas ganas locas de levantarse, de relajar el cuerpo, pero no se le notan. Se contenta con mirar la mesa, ante él, sin manifestar emoción alguna. Tiene los ojos rojos, su tez es

cenicienta bajo la barba casi blanca por la luz. Quizás las explosiones previstas que no se han producido le hayan afectado.

—Ahora somos como íntimos, ¿verdad? —Prosigue Camille—. Y sin embargo... Uno se cree que conoce a la gente y al final, ¡para nada! Tomemos, por ejemplo, a tu madre.

Jean encaja el golpe. Desde que se entregó ha tenido que resistir, mal que bien, preguntas sobre sí mismo, qué ha hecho, adónde ha ido, pero ahora se trata de su madre, y un velo de inquietud atraviesa su mirada.

—Rosie, que parece una santa y sin embargo...

Camille mira rápidamente a su alrededor, como si comprobara que nadie le escucha, después finge inclinarse hacia Jean para hacerle una confidencia.

—En mi opinión, no es la primera vez que hace de las suyas... Chissst...

Camille comprende por la reacción de Jean que no se ha equivocado.

Louis empuja el dossier, que abre Camille.

—Alberto Ferreira, ¿te suena? Claro, hombre, te contrató hace tres años. De electricista. Ah, ¿ya te acuerdas? Bueno... Parece que os entendíais muy bien los dos. Te contrata en enero, y en abril ya te paga comisiones. Nada del otro mundo pero, por parte de un empresario, es el gesto lo que cuenta. Está satisfecho con tu trabajo. Claro, por lo poco que sé de ti en el terreno técnico, me pareces un chico bastante cuidadoso. Aplicado. ¡Hasta escrupuloso! Evidentemente, dependes del hecho de que los obuses que has elegido funcionen, pero si nos fijamos en la que has montado, no hay duda de que eres organizado. ¿Por dónde íbamos? ¡Ah, sí! Alberto Ferreira. Anda que, mira tú, hay que tener mala suerte. Muerto antes de cumplir los cuarenta. Cómo es la vida, ¿verdad? Una auténtica lástima, porque además tenía proyectos magníficos: el sudoeste, ¡el sol!, ¡el mar! Compra una empresa cerca de Biarritz que instala aparatos de aire acondicionado, decide que se establecerá ahí en septiembre y, está tan contento contigo ¡que te llevará con él! ¡A Biarritz! Dime, Johnny, ¿qué te pareció Biarritz? Quiero decir, ¿está limpio? ¿Se encuentra alojamiento fácilmente? Porque leo aquí (golpea con el índice una hoja del dossier) que fuiste allí de avanzadilla. Debías de estar francamente contento porque hiciste las maletas en un santiamén. Rosie es un encanto, pero te hacía falta un poco de aire, ¿eh? Confiésalo.

Jean traga saliva. No puede impedir que su mirada busque un punto fijo

que no encuentra.

—Así pues, vas allí y empiezas a trabajar mientras esperas a tu jefe, que tiene intención de reunirse contigo más tarde con todo el equipo, y catapum, ocho días antes de dejar París, se acabó Ferreira. Mientras trabaja por la noche en su último encargo en el extrarradio, da un paso en falso y se cae desde un séptimo de la forma más tonta. Adiós Biarritz y el aire acondicionado. Y regreso a casa del hijo pródigo. Porque tú vuelves de inmediato a casa con mamá. Hasta aquí correcto, ¿eh, John? Vale... Pues imagínate que a mí esa historia me ha llegado al alma, el empresario emprendiendo, el trabajador trabajando, ¡qué bonito! Así que he profundizado un poco más. Y en cuanto uno le dedica algo de tiempo... El azar es maravilloso... Mira, por ejemplo, en el mismo instante en que Alberto cae accidentalmente, Rosie está de baja. Sí, de acuerdo, es difícil ver la relación así, a bote pronto, pero espera, que lo vas a entender: justo después de tu marcha a Biarritz, al día siguiente exactamente, Rosie deja su trabajo. A su mejor amiga le cuenta que se va a casa de su tía en Bretaña, pero resulta que Rosie no tiene ninguna tía, ni en Bretaña ni en ningún otro sitio. Debe de tener mucha prisa en marcharse porque, sin tiempo de solicitar un permiso a su jefe, se inventa una enfermedad. Pero como tiene otras cosas más importantes que hacer que ver a un médico, no presenta el certificado. Desaparece cuatro días como si le importasen un comino las consecuencias. De hecho, no falla: a su vuelta, recibe una advertencia y le descuentan cuatro días de salario. El tercer día se corresponde con el de la muerte de Alberto... Después, el tiempo de volver a París, de asearse un poco... No pareces muy convencido. Te voy a enseñar algo...

Camille busca en la carpeta, extrae un folio y se lo muestra a Jean para que pueda leerlo, pero Jean no está preparado, mantiene la cabeza gacha, como un animal testarudo que se niega a avanzar.

—Es el acta de instrucción de la muerte de Alberto. Nadie entiende cómo pudo suceder. ¡A las nueve de la noche! Hace horas que no hay nadie en la obra, solo queda Ferreira, que continúa trabajando, pasando cables antes de que coloquen las planchas del suelo. Trabaja a destajo porque está harto, quiere terminar ese último encargo y marcharse a Biarritz, es comprensible. Alberto es un hombre experimentado, no es de los que se acercan al borde del

encofrado que da al vacío, tropiezan y se abalanzan por encima del parapeto de madera que sirve de protección. Pero va y se cae de cabeza para estamparse en el suelo treinta metros más abajo. Increíble. Es lo que dice el informe. Existen serias dudas. Pero bueno... Ningún testigo, ningún indicio en el cuerpo, ningún enemigo conocido ni herederos... Qué quieres, nosotros, la policía, la justicia, concluimos que ha sido un accidente. Debido al cansancio, a la sobrecarga de trabajo. Es normal. Cuando echan un vistazo al móvil de Alberto, comprueban que Rosie ha llamado cuatro veces. En aquella época los encargados del caso no ven malicia alguna, interrogan a tu mamá, ella les dice que quería tener noticias de su hijo y que, como Alberto no respondía, le llamó varias veces. Si hubiese querido saber dónde estaba, ponerse en contacto o citarse con él, no habría hecho otra cosa. Su llamada es la última que recibió Ferreira. Curioso, ¿no?

Camille se detiene de repente.

—Ya, mi pequeño Jean, no pareces muy convencido. Lo reconozco, todo está un poco cogido por los pelos, pero... —Da una palmada como si acabase de descubrir la solución a la cuadratura del círculo—. Anda, ¡a propósito de pelos! Otra vez el azar, me dirás. ¡La Bouverona!

Jean continúa con la mirada fija en la mesa, pero su rostro se ha quedado como vitrificado, endurecido. Camille, al que no parece preocuparle, piensa que tiene un aire testarudo que le recuerda tremendamente a Rosie. Qué deprimentes son a veces los parecidos familiares.

—He dicho la Bouverona, pero es de mal gusto, perdona, en realidad es Françoise Bouveret. Por cierto, ¿cuándo la conociste? —Camille consulta el expediente, Louis coloca su índice sobre una línea—. Eso es, gracias, Louis, en marzo, hace cuatro años.

Camille se quita las gafas, las deposita cuidadosamente ante él.

—Aquí, Jean, no tengo intención de reprocharte nada, pero creo que aquello dolió mucho a Rosie. Porque aquella chavala, la Bouveret, vale, no podría ser tu madre (madre no hay más que una, ¿verdad?), pero hombre: ¡treinta y ocho años! ¡Quince más que tú! Ni siquiera se trata de una cuestión de edad, en fin, no quiero criticar, pero con esos aires de pelandusca y ese maquillaje de Papá Noel (he visto fotos), francamente, no es el tipo de mujer con la que debía de soñar tu madre para su querido hijo único. No importa, la

Bouveret te mola, te pone a cien, necesitas experiencia, normal, y para aprovecharla mejor metes tus cosas en la maleta y te plantas en su casa. La cosa dura dos meses. Lo hemos descubierto en la instrucción del caso de tu madre, hemos comparado, hemos revisado informes, te ahorro los detalles, y reconozco que no tienes suerte, Jean. Cuando crees que has encontrado junto a ella el verdadero amor, y te descubre cosas que ni siquiera vislumbrabas, resulta que tiene la mala idea de secarse el pelo dentro de la bañera. Un poco estúpida, a sus treinta y ocho años, ¿no se lo habrían dicho? Detalle curioso, la puerta del piso no estaba completamente cerrada, y eso levantó en su momento algunas sospechas, dando a entender que podía haber gato encerrado. Tú no tenías móvil, y además tenías coartada. No estabas allí, ocho compañeros tuyos juran sobre la Biblia que estabas trabajando en Poitiers. Y nadie se preocupó por Rosie. En aquella época, nadie ató cabos. Fue un error, para qué nos vamos a engañar... Veo que lo vas pillando. Vamos a retomar todo esto, punto por punto, vamos a reabrir el caso, pero lo importante, en ese momento, es que tú, mi querido Jean, tuviste que volver al redil. Ferreira, Bouveret, Carole... Tengo la impresión de que es difícil deshacerse de Rosie, ¿no?

La atmósfera es tensa. Camille deja pasar un largo instante. Detrás del espejo, comprenden al fin adónde quiere llegar Camille. Todo el mundo cruza los dedos mentalmente.

—Tu madre está en prisión preventiva por el asesinato de Carole. Eso puede pasar por un acto impulsivo, no tiene por qué ir más lejos. Como no da el auténtico perfil de *serial killer*, nos quedamos con la idea de crimen pasional. Pero si miramos las cosas desde otro ángulo, si nos cuestionamos sus motivos y nos hacemos las preguntas correctas, no resulta tan difícil remontarse a actuaciones pasadas. En cierta forma, es como los obuses... Bastaba con pensar en ello.

Camille sonrío, y explica.

—Te vas y a ella le entra el pánico; vuelve a atraparte, no puede estar sin ti. Intentas dejarla, pero tampoco puedes estar sin ella. Sabes perfectamente lo que hará para conservarte, la conoces, no habláis nunca de ello, pero eres consciente de lo que os une, de lo que os ata el uno al otro, ese pacto silencioso que compartís. Al principio no te atreves a decir nada. Luego todo

se desencadena y Rosie acaba entre rejas. Entonces, tú, su hijo querido, vienes a rescatar a mamá...

Camille se calla, ambos miran al suelo. ¿Qué más decir? Camille se deja caer sobre la silla, cansado. Observa las manos de Jean durante un instante, las mismas que temblaban como hojas delante de su madre.

—Eres un buen hijo, sin duda. Puede que también te dé miedo, Rosie. Pasa a menudo con las ogresas...

Silencio.

—Pero en este momento, Jean, es ahora o nunca. Has causado bastantes daños, pero todavía no hay nada irreparable, no hay muerto alguno sobre tu conciencia. Llegado el día, un buen abogado estremecerá al tribunal con el tema de la madre controladora, pasarás por una víctima y no será del todo falso. Si acabas con esto ahora, matarás dos pájaros de un tiro. Te libras de Rosie, que ya es hora, y evitas hundirte con ella. Hace veinticuatro horas que estás aquí. Si las autoridades hubiesen tenido intención de ceder al chantaje, ya estaría hecho. Pero no cederán. Y con el procedimiento que tiene abierto, Rosie se juega la perpetua. Tienes una última oportunidad de salir bastante bien parado. El juez te escucha y llegas a un acuerdo, nos dices todo lo que necesitamos saber y te quedas tranquilo. Mírame, Jean.

Jean no mueve ni una pestaña.

—Mírame, Jean.

Camille habla con voz baja y suave.

Jean levanta por fin la mirada hacia él.

—Rosie está completamente loca, lo sabes, ¿verdad? Nunca saldrá libre, es un caso perdido. Piensa en ti. Has hecho todo lo que podías por ella y está muy bien, todo el mundo puede llegar a comprenderte, y todo el mundo lo entenderá. Pero ahora ya basta.

Jean asiente con la cabeza. Camille se pregunta un instante si debe concluir o dejar hacer. Es urgente.

—¿Estás dispuesto a hablar, Jean?

Jean hace una señal de asentimiento. Está dispuesto.

Parpadea nervioso, como si tuviese un foco ante los ojos.

—Bien —dice Camille—. Es la decisión correcta.

Jean asiente de nuevo. Camille vuelve a sentarse, saca el bolígrafo, cierra

la carpeta, tomará notas en el dorso.

—¿Por dónde empezamos, Jean? Tú decides.

—Por el rescate.

Camille se queda de piedra. Desde donde está casi puede escuchar las reacciones de asombro al otro lado del espejo.

Jean Garnier no deja a nadie recuperar el aliento.

—Sí, por el rescate, le dije que aceptaría tres millones. Pero eso fue ayer. Hoy son cuatro o nada.

20:56 h

Camille queda bastante tocado por la derrota. No lo entiende. ¿Cómo ha podido cometer tantos errores para llegar a un fiasco como ese? Ni él mismo se lo cree. Es un hombre petrificado que asiste a las conclusiones del juez y del director de la policía judicial.

Todo el mundo se reúne en la gran sala, pero el Otro, el del Ministerio, no espera, ya está en el pasillo, susurrando al teléfono, informando a sus superiores.

A partir de ese instante todo el mundo recordará con precisión la sucesión de acontecimientos.

Los que más lo recordarán son los que consultan la hora, porque eran exactamente las 21.07 cuando sonó el teléfono en la sala.

El juez hizo un gesto de impotencia.

Louis dio un paso, descolgó, escuchó, miró al juez, que dejó su frase en suspenso para escuchar a Louis declarar:

—Una explosión acaba de destruir por completo una escuela infantil en Orleans.

21:00 h

Al igual que abre sistemáticamente con uno o dos minutos de retraso con respecto al horario oficial, a Marcel le gustaría también cerrar uno o dos minutos antes. Pero nunca puede. Un día es una pareja de enamorados en una esquina, entre que les avisa y salen por fin ya han dado las nueve y tres. Otro es un grupo de jóvenes que se quiere quedar, o que acaba de entrar para beber unas latas de cerveza, y entonces, entre que negocia y se van, ya son las nueve y cinco. Y a veces peor aún. Lo ha intentado todo, tocar el silbato de salida un cuarto de hora antes, o veinte minutos. No hay nada que hacer, la hora de cierre es una verdadera maldición.

Excepto esta noche. Vete a saber por qué, es casi la primera vez desde..., desde hace mucho, en todo caso, porque ni siquiera lo recuerda. Comprueba todo, incrédulo. Sí, ni siquiera han dado las nueve y el jardín está tan vacío como debiera.

El hecho le parece tan asombroso que se siente incómodo. ¿Se le habrá pasado algo?

Incapaz de aguantarse, realiza una última ronda. Pero no, no hay nadie.

Cuando cierra por fin, colocando el cartón para atrancar la puerta, ya son las nueve y cuatro.

21:40 h

Es como si se hubiese escuchado la detonación desde París. Todo bulle de nuevo. El gabinete del ministro llama para informarse, se preocupan por la prensa, por el efecto pánico. Reunión de prefectos. Ninguna víctima, pero el colegio ha volado literalmente por los aires. Cae la noche, por fortuna; hay que prepararse para las ediciones de la mañana, pero eso deja algo de tiempo. Y hará falta, porque nadie sabe en qué punto está la situación.

Los equipos de socorro han llegado al lugar del suceso, Protección Civil ya ha confirmado que la explosión es igual punto por punto a la de la rue Joseph-Merlin.

En cuanto a la policía, todo son conjeturas.

Para los peritos, Garnier ha confundido en su despertador digital «9 horas

a. m.» y «9 horas p. m.».

La hipótesis parece apenas creíble.

Camille interroga a Basin. ¿Es posible?

—Muy probable. En el fondo, es un chapucero, y hemos visto cosas peores, te lo aseguro. ¿Por qué crees que hay tantos aficionados que se vuelan ellos mismos en pedazos con sus propios artefactos? El tuyo es un tío peligroso, pero, si encima es torpe, se convierte en un electrón libre. Todavía quedan cuatro bombas imposibles de encontrar, si además no las ha programado correctamente, ni él mismo puede ayudarnos.

Mientras la agitación continúa a su alrededor y los teléfonos suenan sin cesar, Louis mira a Camille.

Hace un rato estaba en extrema tensión. Ahora está relajado, pensativo, podría jurarse que se dispone a volver a casa tras una dura jornada. De hecho, se levanta, concentrado, atraviesa con calma el despacho, cruza el pasillo, baja dos pisos, gira a la derecha, pasa ante el policía de uniforme que vigila la sala donde se encuentra Jean y abre la puerta de al lado, la de la sala de observación.

Y se sienta, como en un espectáculo.

Al otro lado del falso espejo, Pelletier, de la Brigada Antiterrorista, se ha puesto de nuevo manos a la obra junto a otros dos policías frente a Jean, que, de pie, la espalda contra la pared, con los talones pegados al tabique y las manos sobre la nuca, balancea la cabeza y abre los ojos con dificultad, a punto de caerse a cada segundo.

—¿Cuántos muertos pretendes causar con tus bombas? —pregunta Pelletier—. ¿Cuántos para liberar a la puta de tu madre?

—Tantos como haga falta... —responde Jean.

Camille extiende un brazo y corta el sonido. Se concentra en la imagen. Esa historia de la escuela infantil, la bomba programada a las 21.00 horas... Le cuesta creerlo. Es lo que dicen los hechos, pero en el rostro de Jean busca otra cosa que se le ha escapado hasta entonces. Al menos le consuela haber verificado su intuición con respecto a Rosie, que puede ser una asesina impulsiva, pero cuyos impulsos son quizás demasiado frecuentes.

Hasta ahora, la policía ha tenido que actuar a golpe de acontecimiento.

Dentro de la lógica impuesta por Jean.

Para encontrar la solución, habrá que cambiar de estrategia.

Pero ¿cómo?

Camille permanecerá más de una hora observando a Garnier, mirando cómo mueve los labios, cómo van pasando los agentes y él aguanta una presión inusitada.

Se interrumpe apenas un minuto para leer el mensaje de Anne: «¿Te has vuelto invisible o me has abandonado y has olvidado informarme?».

23:00 h

Camille se lleva a Louis aparte.

—Esas visitas de mantenimiento en los cuartos de comunicaciones, ¿con cuánto tiempo se planifican?

—Tengo que comprobarlo, pero creo que hay un calendario trimestral...

Louis no le pregunta por qué.

—¿Puedes enseñármelo? —le pide Camille mientras señala la pantalla del ordenador.

Tercer día

01:45 h

—No —dice el juez, ofuscado. Lo mismo que le ha dicho el comisario, con otro tono, claro, porque tiene confianza con Verhoeven, sobra decirlo. No, le ha confirmado el prefecto de policía, se diría que ni siquiera sorprendido por la propuesta, que considera una aberración y a la que responde «no» como si le preguntaran si quiere sal en el café. No vale la pena preguntar a la Antiterrorista...

Louis se coloca el mechón, se lo esperaba. Y Camille también. El Otro ha fingido sorpresa, como si no comprendiese.

—Si no queremos muertos —ha repetido Camille—, hay que liberar a Jean y a su madre. Inmediatamente.

—¿Liberar a Jean Garnier? ¿Está de broma?

Ha mirado a Louis, por primera vez con condescendencia. Cuando uno espera un paso en falso de un adversario, es un verdadero alivio que se produzca.

—¿Y qué más? ¿Quiere que ya de paso se le conceda la Legión de Honor?

Y se ha echado a reír. La risa, al igual que el humor mediocre que busca la humillación, no es algo que convenga utilizar contra un hombre como Camille.

—Es usted un imbécil.

El Otro le ha dado un repaso de arriba abajo, pero Camille no le ha dejado tiempo para devolver la pelota.

—Un imbécil, porque es incapaz de comprender lo que no siente. No le preocupa profundizar en Jean Garnier porque le parece simple, pero es su lógica la que es rudimentaria. No le observa, solo le mira. No le comprende, solo le cataloga. Jean Garnier es un chico peligroso, pero no porque haya puesto bombas. Ha hecho todo lo posible para que no produzcan ningún muerto, solo heridos y daños materiales. Pero, a pesar de sus esfuerzos, nadie puede saber con seguridad que todos esos obuses vayan a ser tan

relativamente inofensivos. Hay demasiadas incógnitas, demasiados imprevistos. En la rue Joseph-Merlin el andamio podría haberse derrumbado sobre un peatón. En Orleans la explosión podría haber alcanzado a alguien que paseaba a su perro... Tarde o temprano, habrá muertos. De hecho, no podemos hacer otra cosa. Soltamos a Jean y a su madre, y no hay muertos. Garantizado. Los retenemos, y es la carnicería asegurada. Usted decide.

El Otro se siente herido, pero es un profesional.

En los ministerios, un profesional es alguien que hace que la información ascienda. Así que la información sube. Y después vuelve a bajar. Y sigue siendo no.

—No se lo creen. —Es la conclusión de Camille.

Va a necesitar veinte minutos para tomar una decisión.

Veinte minutos para hablar con Jean Garnier.

Y treinta segundos para decirle al juez:

—Ahora, usted verá. A mí esto ya no me concierne. Si no tiene inconveniente, me voy a casa, estoy agotado.

02:10 h

París está desierto y se atraviesa con rapidez, Camille aprovecha un semáforo para sacar el móvil del bolsillo, y en el siguiente escribe un mensaje a Anne: «¿La invitación para (el resto de) la noche sigue en pie?». En el tercer semáforo recibe la respuesta: «La puerta lleva abierta desde ayer...». Después ya no quedan semáforos, pero Camille se ve obligado a detenerse por un nuevo mensaje en su móvil. Es el juez: «Camille, venga inmediatamente a Matignon, ¿quiere que le envíe escolta?».

«Mi amor, lo siento, pero me ha convocado el primer ministro».

«¡Nunca me habías dado una excusa tan estúpida!».

«Pero si es verdad, ¡te lo aseguro, ya estoy de camino!».

«¿Vas a pasar la noche con él?».

«En principio no, pero si me lo pide veo difícil negarme. ¡Es el primer ministro nada menos!».

«¿Puedes pedirle un piso de protección oficial para mí? En el distrito VII...».

«Vale. Si hay que acostarse con él, ¿qué hago?».

«Si te ofrece uno en los distritos V, VI o VII, te acuestas. Si es en otro lado, te vuelves a casa y me follas a mí».

«Trato hecho».

02:30 h

El primer ministro no es lo que se dice *sexy*. Nunca lo son. Se diría incluso que es una de las condiciones. Pero es un hombre muy educado, muy civilizado; se levanta, estrecha calurosamente la mano de Camille («¡Encantado, comandante!»), y señala un sillón. En su inmenso despacho hay otras ocho o nueve personas. Cuando Camille se sienta, se sienta todo el mundo. El primer ministro señala entonces la grabadora que descansa sobre la mesa baja.

—Me han trasladado su hipótesis, comandante, pero me gustaría que me la confirmara usted mismo.

—Hasta ahora, y al contrario de lo que parece, Jean Garnier ha hecho todo lo posible para no causar ninguna víctima mortal. En la rue Joseph-Merlin puso el obús cuando ya habían levantado el andamio, colocó la bomba bastante baja y en una posición en la que no podía provocar grandes daños. En Orleans ha fingido equivocarse. De este modo, su bomba ha estallado cuando los riesgos humanos eran casi inexistentes. Haber encontrado la quinta bomba ha sido de todo menos casual. Los calendarios de inspección son accesibles a través de internet. Cuando Garnier eligió el cuarto de comunicaciones se aseguró del día en que lo visitarían para que pudiésemos desactivarla sin daños. Toda su estrategia, desde el principio, consiste en hacernos creer que es peligroso. Por el momento tenemos tres bombas. La primera nos traumatiza, la segunda nos impresiona, la tercera nos derrota... Y lo tiene bien pensado, porque con este tipo estamos sobre un polvorín. Ha colocado siete bombas en total, hemos localizado tres: rue Joseph-Merlin,

escuela infantil de Orleans y cuarto de comunicaciones bajo el cine. Quedan cuatro. Podemos estar seguros de que estallarán en los próximos días. Apuesto a que tiene previsto no causar víctimas pero, incluso si no me equivoco, nadie puede asegurar que tengamos siempre la misma suerte. Dependemos de cómo las haya manipulado, de su material, de sus cálculos empíricos. Es un tipo organizado, listo, pero es un aficionado. Y si ha cometido un solo error, lo vamos a pagar al contado. Y caro.

Camille duda un momento. Y después mete más el dedo en la llaga.

—Por curioso que parezca, señor primer ministro, Garnier no es un asesino.

Silencio.

—Pero, según mi hipótesis, se convertirá en uno aunque no quiera. Tarde o temprano, en alguno de los cuatro obuses restantes, algo fallará, es inevitable. Y entonces tendremos muertos.

El primer ministro frunce los labios a modo de asentimiento.

—Y en ese momento —añade Camille—, todo será culpa nuestra. Porque nos ha prevenido con claridad.

Se inclina entonces sobre la grabadora y la pone en marcha sin pedir autorización a nadie.

«No —es la voz de Jean—, las cosas no fueron así...».

Camille pulsa el botón de avance rápido y luego de nuevo el *PLAY*.

«En cuanto a las primeras bombas, tiene razón —dice Jean—. No quería matar a nadie. Pero la última...».

«Explícate...».

«Si mi última bomba estalla, compréndalo, es que habré fallado con las precedentes. Que mi plan no habrá funcionado. No tendré nada que perder. Entonces, con la última bomba, he programado... una auténtica carnicería».

Silencio.

«Devastador... Se lo aseguro, comandante, debe usted creerme».

Camille detiene la grabadora.

—¿Qué propone usted? —pregunta un tipo trajeado. Camille no sabe de quién se trata.

—Liberarlos a cambio del resto de bombas. No creo que vayan a ir muy lejos...

Liberarlos. Se palpan sus reticencias. No muy lejos ¿qué quiere decir? Son nueve los funcionarios que se miran, escépticos, es difícil saber adónde conduce todo eso y qué está pensando el policía bajito. Es el momento que espera Camille para clavar su última banderilla.

—Garnier va a provocar daños considerables con su último obús. ¿Alguien sabe cómo va a explicar a la prensa y al público las dos primeras explosiones y la que será la apoteosis de sus fuegos artificiales? Tendrá que hilar fino porque no resultará fácil.

—Comandante —dice el primer ministro con una sonrisa sincera—, ¿le importaría dejarnos solos unos minutos?

Camille se sienta en un salón cuatro veces más grande que su casa. Enciende el móvil. Mensaje de Anne:

«¿¿¿Y bien??? ¿Qué tal va lo del piso de protección oficial?».

«Todavía no es seguro. Está en el cuarto de baño, acicalándose...».

«¿Y por fin estará en el distrito VII?».

«Dice que dependerá de cómo me porte».

«Espero que estés en forma, entonces».

«¿¿¿Tú has visto la hora???».

«Tengo la misma hora que tú y yo estoy MUY en forma».

«Me concentraré y...».

—¿Comandante?

Camille levanta la cabeza.

—El señor primer ministro quiere hablar con usted.

04:00 h

—Lo máximo que he podido conseguir, Jean, es que nos des la dirección de las bombas justo antes del despegue. No podemos esperar a que llegues a Australia. Es eso o nada. Y si no te vale, ya no depende de mí, tendrás que hablar con otro.

Jean se toma un largo momento de reflexión:

—No, lo diré tres horas después del despegue.

—¡Eso es imposible, Jean! Ya tienes lo que quieres, pero no puedes imponer todas tus condiciones.

Harán falta veinte minutos para llegar a un acuerdo. Jean dará la localización concreta del resto de las bombas en el momento del despegue.

—Si no nos llega tu mensaje en ese instante, el avión dará media vuelta y te volverá a dejar en el aeropuerto con tu querida mamá, ¿queda claro?

Resulta increíble que Jean esté de acuerdo con esas condiciones. Habiendo programado todo con tanta perfección, ¡cae en una trampa tan simple! Apenas se resiste:

—¿Y quién me garantiza que una vez enviado el mensaje el avión no dé media vuelta?

Desde el principio de la conversación, la voz de Camille se ha vuelto ronca. Parece debido al cansancio, pero no es eso, es la depresión. Imagínense. Discute con un condenado a muerte a corto plazo y su misión es hablarle como si tuviese toda la vida por delante...

—A nadie le interesa que te quedes aquí —explica Camille con paciencia—. Porque habría que detenerte oficialmente, instruir tu caso y mandarte a los tribunales. Habría que explicar entonces que se ha mentado sobre dos explosiones producidas en espacios públicos, y además pasaríamos todos por unos idiotas capaces de negociar con un don nadie como tú dos millones en efectivo sacados de nuestros impuestos y un billete al extranjero con una falsa identidad expedida por el Estado francés.

A Jean le convence esa teoría. Increíble.

A su alrededor todo el mundo piensa: «¡Este tío es gilipollas!». Los aficionados dan siempre esa impresión a los expertos. Creen que son unos inútiles.

Se necesita una hora más de discusión fingida con Jean sobre numerosos detalles que no tienen ninguna importancia y que no sirven más que para dar credibilidad al acuerdo.

En realidad, Pelletier ha explicado a Camille:

—En cuanto Jean envíe su mensaje con la ubicación de las bombas, se verifican, y el equipo de a bordo lo detiene de inmediato.

Escuchándole, el plan es de una sencillez descorazonadora.

Camille siente la tentación de preguntar a Pelletier si a él también le está

tomando por un gilipollas. Porque, evidentemente, las cosas no sucederán así. Está claro que el grupo de intervención no se va a andar con chiquitas, a nadie le interesa que Jean se convierta en un grano en el culo para el gobierno.

Y si, por desgracia, Jean se retrasa un poco y deja pasar, por ejemplo, una hora antes de enviar su mensaje, habrá que detenerle mientras el avión sobrevuela un espacio aéreo extranjero, lo que complica las cosas.

Los especialistas aseguran que el equipo que suba al avión podrá detener a Jean sin problemas en cuanto haya luz verde. Ya se han tomado las medidas oportunas. Camille supone que delante y detrás de Jean y su madre se sentarán expertos de la eliminación furtiva, y que dos o tres más sustituirán al personal de cabina... Si Jean respeta su parte del trato, le partirán el cuello antes de que el aparato alcance el punto de no retorno en la pista de despegue. Eso o algo equivalente. Un espectáculo nada edificante en todo caso. Rápido y eficaz, mortal en pocos segundos. Y a Rosie lo mismo. Después el avión no tendrá más que frenar, detenerse y esperar a que un vehículo se coloque debajo. El comandante informará al pasaje de que no hay que preocuparse porque esa parada no se debe a un problema técnico sino a la indisposición de dos pasajeros. Entonces se abrirán las puertas, sacarán los cuerpos y el avión se marchará tranquilamente. Nadie a bordo entenderá nada, pero da igual, lo importante es que los cadáveres de Jean y su madre sean desembarcados en cómodas camillas preparadas para la ocasión.

En el peor de los casos, si Jean se retrasa un poco en mandar el mensaje, se recurrirá a una variante: el avión dará media vuelta; los corredores aéreos ya están reservados y serán protegidos.

«Ya veremos», piensa Camille.

Desde el principio de esta historia nada ha transcurrido según lo previsto, así que no cree ni un segundo que el caso vaya a terminar como todos imaginan.

Para empezar, él organiza, planifica y negocia, pero como el equipo de crisis está compuesto por varias instituciones, sigue teniendo que recibir los consejos de sus compañeros y las instrucciones de la jerarquía.

Jean no ha inspeccionado las dos maletas que han ido a buscar a la casa, con la ropa de Rosie y la suya.

—¿Quieres registrarlas? —pregunta Camille.

Jean sabe perfectamente que llevan escondidos dispositivos de seguimiento.

—No tiene importancia —dice cerrándolas de golpe.

Los billetes de banco le impresionan más. La negociación se ha cerrado en dos millones. Una maleta llena de pasta en billetes grandes que conmovería al más impasible.

Y por fin, los pasaportes. Los abre y asiente con la cabeza.

Se convierte en Pierre Mouton^[4]. Rosie se llama Françoise Lemercier. A Jean no le gusta nada, y lo dice:

—Lo de Mouton es ridículo.

Camille también piensa que bautizar Mouton a un tipo que va directo al matadero es una broma de mal gusto.

—Lo tomas o lo dejas.

Jean acepta.

Y después coge los billetes de avión.

—¿Puedo comprobarlo?

Le señalan un ordenador. Esperaban que fuese un apasionado de la informática, pero ni de lejos, teclea lenta y aplicadamente.

Comprueba la existencia del vuelo. Verifica también las reservas.

Parece aliviado.

04:30 h

Por fin llega Rosie.

Su rostro resplandece, descansado, no es la mujer de hace unas horas.

En cuanto ve a Jean, se abalanza sobre él, pero el joven permanece de piedra, con los brazos caídos, la mirada fija en el vacío. A Rosie no parece molestarle en absoluto, sin duda porque ahora está junto a su querido hijo.

Cuando se separa de él, apenas la mira. Los dejan juntos en la habitación para que puedan cambiarse para el viaje.

Las cámaras que les están grabando los muestran a tres metros el uno del

otro, como si estuviesen en cuartos diferentes. Jean se viste con el ceño fruncido, concentrado en su tarea. Rosie no para de dedicarle miradas de admiración.

Cuando vuelven a entrar en la estancia, ella mira a los policías como si fuesen alumnos a los que les quedase mucho por aprender.

Camille entrega un teléfono móvil a Jean.

—Aquí dejarás escrito tu mensaje antes del despegue. —Le recuerda Camille por última vez—. Un mensaje detallado, lo queremos todo con precisión. ¿Las bombas que quedan están todas en París?

—Sí, todas. —Confirma Jean.

—Bien. El único número que lleva en la memoria es el mío. Podrás llamarme en cualquier momento, hasta el despegue, por la razón que sea. Soy tu único interlocutor, como pediste.

—Vale.

—Bien. Despegue destino Sídney: 5.45 horas. ¿Está todo claro?

Jean confirma con la cabeza que está todo claro.

En realidad, resulta patético.

Por muchas bombas que haya colocado jugando con la vida de centenares de seres anónimos, este joven, agente secreto de pacotilla que actúa como en una película de serie B, da una impresión extraña, sin duda por su ingenuidad. A pesar de haber cumplido con el deber, se siente mal: desde que ha cedido en sus exigencias, todo se ha vuelto demasiado fácil.

Camille permanece abierto a cualquier sorpresa.

Hasta ha apostado con Louis, mientras Jean y Rosie se vestían.

—¿Cómo? —ha preguntado Louis—. ¿Qué otra cosa puede suceder?

Camille no tiene ni idea. Simplemente lo sabe. Las cosas no van a pasar como está previsto.

—Hay algo que se nos escapa...

Estamos en mayo, a esas horas ya empieza a clarear. Por la ventana abierta de la estancia Camille respira el aire de París, todavía sin saturar por los tubos de escape.

Abajo ve salir a Jean, Rosie a su lado, los dos con sus maletas.

Jean se niega a subir en el vehículo que les espera, un agente se precipita hacia ellos y discuten con fuerza, pero Jean no se deja impresionar y para un

taxi. El agente se queda plantado en la acera.

Camille cierra los ojos, afligido.

Por supuesto, el taxi que ha detenido es el que ha preparado la policía, aunque el taxista parece de verdad.

Jean no le deja bajar del vehículo, abre el maletero e introduce las dos maletas, hace una seña para que Rosie suba y el taxi arranca.

Bueno, manos a la obra...

Camille se pone la chaqueta, baja las escaleras y sube al asiento trasero del coche número uno.

05:00 h

En el habitáculo ya suena el batiburrillo de las voces de los perseguidores.

—Mouton a las once. 34, cambio...

—34 recibido. Mouton a las trece...

El taxi de Jean atraviesa París, seguido por una cohorte invisible de unas quince personas, coches, furgonetas, motos...

Parece el fantasma de una procesión mortuoria.

El micrófono colocado en el taxi solo atestigua el silencio de los pasajeros. Camille se imagina a Rosie acurrucada junto a su hijo, sosteniéndole febrilmente la mano, y a Jean indiferente, mirando desfilas por la ventanilla el decorado de París...

Camille está observando, en la pantalla del GPS, el trayecto que sigue el taxi, cuando se escucha la voz de Jean:

—Gire a la derecha.

El taxista finge no haber comprendido. Intenta ganar tiempo de la forma más profesional posible y deja pasar la calle que Jean parecía señalarle.

—Ese no es el camino del aeropuerto, señor...

—No importa —dice entonces Jean—. Tome la siguiente.

Su voz es firme pero tranquila. El taxista pone entonces el intermitente a la derecha y enfila el bulevar.

—Aquí 34. Mouton hacia el oeste...

—Recibido...

Las voces de los perseguidores no parecen alarmadas, pero sin duda hay algo que no funciona.

Camille lo presiente, es un pequeño escalofrío en el espinazo. Ya están. Casi.

Todavía no, pero casi.

Evidentemente ese no es el camino del aeropuerto.

Jean prepara un último golpe sorpresa, y nada es imposible.

—Mouton a las trece.

—Mouton rue Plantagenet.

Mouton estará donde tú quieras, piensa Camille, dentro de poco sabremos en qué se queda el guion de los especialistas.

05:15 h

Siguiendo las instrucciones de Jean, el taxi ha girado otra vez a la derecha, y rueda exactamente en sentido inverso al aeropuerto Charles de Gaulle, hacia el sur.

El tono sube en los altavoces. Pero qué está haciendo ese cabrón. El móvil de Camille suena cada veinte segundos, lo corta. A la mierda.

Él también está nervioso.

¿Nos la está jugando?

Los agentes piden instrucciones a Camille a través de la radio de su conductor.

—Seguidlo, ya veremos.

El taxi da varias vueltas. Se escucha a Jean dando órdenes.

—A la derecha después del semáforo... Primera a la izquierda.

El taxista finge enfadarse:

—Pero, señor, ¿adónde vamos? Va usted a perder el avión, señor...

Es la señal para preguntar qué debe hacer. Camille ni siquiera parece tener la situación controlada, en realidad se están dejando llevar, ¿qué otra cosa pueden hacer?

Jean parece saber adónde se dirige, eso es lo más preocupante.

Él lo sabe, y nosotros no.

Y por fin el taxi se detiene ante la verja de los jardines Dupeyroux, un gran rectángulo rodeado de edificios haussmanianos. Las farolas de las tres calles que la cruzan proyectan una luz suave de tonos amarillos y azules. El coche de Camille adelanta rápidamente al taxi, gira a la derecha y se detiene. Aguardan instrucciones. Todas las unidades están en suspenso. El horario previsto se va al garete.

La voz de Jean:

—Espérenos aquí —dice al taxista.

La cámara de un perseguidor capta a Jean y Rosie saliendo del taxi, sobre la pantalla de control se distinguen sus siluetas, que se paran delante de la verja del parque. Gracias al micro escondido en su abrigo se escucha la voz de Rosie, inquieta:

—¿Qué venimos a hacer aquí, Jean?

No se oye la respuesta, ¿acaso la ha habido?

Jean tira de la verja, que se abre sin hacer ruido. El trozo de cartón que coloca Marcel cae al suelo. Jean no se molesta en recogerlo, como tantas otras veces lo hizo.

Camille ha salido precipitadamente del coche y, de golpe, ha echado a correr.

En pocos segundos llega ante la verja, ha gritado a todos los agentes que no hagan nada, que la suerte está echada. ¿Cuántas bombas van a estallar? ¿Dónde y cuándo?

Rosie y Jean se internan ya en la sombra del parque, vagamente bañado por una luz amarillenta. En el instante en que Camille entra, se detienen ante la zona de juegos. Jean suelta a Rosie, da unos pasos y desaparece.

Esos segundos terribles se desgranán con la lentitud de una bomba de relojería, Camille duda si echar a correr, pero no tiene tiempo, Jean vuelve. Sale de un seto, sostiene un teléfono móvil y se gira hacia donde está Camille.

Qué curioso, la escena está como en suspenso.

Bajo la tenue luz del parque está Rosie, que sostiene entre sus brazos su bolso de solterona, al lado de Jean, su hijo, con el móvil en la mano y

mirando al comandante Verhoeven, y el propio Camille, que permanece inmóvil, preguntándose qué va a ocurrir.

En ese momento Jean se inclina sobre el teléfono y casi de inmediato empieza a sonar una música en el aparato. Jean sube el volumen del altavoz.

Camille escucha con atención, ve cómo Jean le tiende la mano a Rosie, como invitándola a bailar. Y es eso, un baile, con Jean y Rosie uno en brazos del otro.

Bailan. Ella le mira como al amor de su vida, él conserva la mirada fija, inmersa en el vacío, pero abraza a Rosie con fuerza, con mucha fuerza... Apenas han dado dos o tres vueltas cuando Jean, mientras continúa bailando lentamente, mete la mano en el bolsillo de su chaqueta.

Camille acaba de reconocer la música, una canción interpretada por Gilbert Bécaud:

*On s'aimait comme personne.
C'était bon, Rosy and John,
Mais la vie, c'est la vie. Et la vie...* ^[5]

Jean, al girar, se sitúa frente a Camille.

Por encima de la cabeza de su madre, a la que sobrepasa con mucho y quien parece incluso tan menuda y frágil como una niña, Jean mira fijamente en dirección a Camille, que siente la vibración de su móvil.

Lo saca a toda prisa del bolsillo.

Es un mensaje de Jean: «Ya no hay más bombas. Gracias por todo».

Camille levanta la cabeza hacia la pareja. De pronto recuerda la frase de Basin:

—Para hacer estallar una bomba cualquier tipo de impulso sirve, un teléfono móvil...

Camille se tira al suelo en el segundo exacto en que la bomba explota bajo los pies de los bailarines.

La potente onda expansiva le impacta en el vientre, lo proyecta hacia atrás y le hace rodar por el camino de tierra.

El ruido de la deflagración es ensordecedor, los oídos parecen estallar. Las ventanas de los edificios de la plaza vuelan en pedazos, de inmediato se

escucha el estrépito de un torrente de fragmentos de cristal. La zona de juegos se ha esfumado, convirtiéndose en un enorme cráter de tres metros de diámetro y uno de profundidad.

Louis llega corriendo y se precipita hacia Camille.

Tumbado en el suelo, inmóvil, con la mejilla apoyada en tierra, Camille tiene, con su rostro ensangrentado, el aire atontado de un niño pequeño.

A pocos metros de ellos, los árboles del parque empiezan a arder.

Nota del autor

La editorial SmartNovel me propuso escribir un folletín para *smartphone*. Las condiciones eran duras: los episodios no debían sobrepasar las tres páginas de una pantalla normal, es decir, el tiempo medio que pasa un parisino en el metro entre dos trasbordos. El editor conocía mi pasión por el folletín decimonónico y por Alexandre Dumas, y sabía que no podría resistirme. Así que me lancé a la aventura y propuse a Camille que retomase el servicio. Hubo que negociar de nuevo (ya saben ustedes que este tipo es un poco hipócrita) pero Camille aceptó mi propuesta. El texto se tituló entonces *Les Grands Moyens*.

Esa historia, ya liberada afortunadamente de las exigencias draconianas de la edición digital original, se convirtió en *Rosy & John* cuando fue publicada por Livre de Poche con ocasión de su sexagésimo aniversario. Cronológicamente va situada entre *Alex* y *Camille*.



Pierre Lemaître nació en París. Antes de dedicarse a la literatura de ficción y a la creación de guiones para cine y televisión, pasó muchos años ejerciendo la psicología y la enseñanza para adultos, especialmente de literatura norteamericana y francesa, análisis literario y cultura general.

Con *Travail soigné* obtuvo el premio Cognac a la mejor primera novela del año 2006.

Posteriormente, ha escrito otras tres novelas: *Robe de marié*, que mereció varios premios y que ha supuesto su mayor éxito hasta el momento, *Cadres noirs* y *Alex*, segunda entrega de una prevista trilogía sobre el comisario Camille Verhoeven. Además, ha publicado *Les grands moyens*, una novela por entregas editada especialmente para dispositivos digitales.

Sus obras han sido traducidas a trece idiomas y tres de ellas están en proceso de adaptación al cine.

En 2014 ha recibido el premio Goncourt por su novela *Nos vemos allá arriba*.

Notas

[1] Véase Alex (Alfaguara, 2015). <<

[2] École Nationale d'Administration y École Normale Supérieure, dos instituciones de enseñanza pública de élite. (N. del T.). <<

[3] Organisation de la Réponse de Sécurité Civile, sistema pluridisciplinar de coordinación de recursos públicos y privados en caso de catástrofe. (N. del T.). <<

[4] *Mouton*: carnero. (N. del T.). <<

[5] «Nos amábamos como nadie. / Qué bonito era, Rosy y John, / pero la vida es la vida. Y la vida...». («Rosy and John», 1964. Letra: Maurice Vidalin. Música: Gilbert Bécaud). <<